

# CRISTIANIDAD



## 13 RAZON DE ESTE NUMERO

Al subir el Patriarca de Venecia, Cardenal Sarto, al Solio Pontificio, y durante los doce años que lo ocupó, tuvo que enfrentarse con la grave cuestión del espíritu modernista, hijo del liberalismo de la época, que invadía todas las esferas, incluso eclesiásticas, y contra el que luchó con férrea energía. Aparte de la condenación de estas tendencias en sus Encíclicas «Pascendi» y la de «Le Sillon», señaló los remedios esenciales: la enseñanza del Catecismo, la Comunión precoz de los niños y la organización de los Sindicatos Católicos.

Estas orientaciones son las que intentamos poner de manifiesto en este número dedicado a la egregia figura de Pío X.

La **Editorial** pone de relieve el lema del Pontificado de aquel gran Papa: «**Instaurare omnia in Christo**».

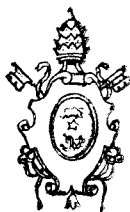
Sección «**Plura ut unum**»: **Santa Teresita y sus «vocaciones»**, por Maria Asunción López (págs. 2 y 3); **El Papa de la Sagrada Eucaristía**, por José Manuel García-Die, Pbro. (páginas 4 y 5); **El modernismo religioso**, por Jaime Bofill (págs. 6 y 7); **El modernismo social: Le Sillon**, por Domingo Sanmarti Font (págs. 8 y 9); **Pío X y las uniones profesionales**, por el P. Juan Soler de Morell, S. J. (págs. 10 y 11); **Pío X y el «Motu proprio» sobre la música sagrada**, por el P. Antonio Massana, S. J. (págs. 14 y 15); **Aspecto católico de San Clemente Romano**, por Esteban-Clemente Miquela, Pbro. (págs. 16 y 17).

Sección «**Del Tesoro Perenne**», «**Nova et Vetera**»: **La condenación de Le Sillon** (pág. 18); **Texto de la Carta dirigida por S. S. Pío X al Ilmo. señor Obispo de Vich doctor Torras y Bages** (pág. 19).

Sección «**A la luz del Vaticano**», **La Vida: Las fiestas jubilaires de Montserrat**, por Juan Llongueras (págs. 20 y 21); **La alocución de Su Santidad el Papa con motivo del aniversario de la guerra**, por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 22, 23 y 24).

En las páginas centrales, destaca la venerable efigie de Su Santidad el Papa Pío X, a la cual acompaña una breve biografía del mismo.

Los dibujos a la pluma que ilustran el presente número, son obra de Ignacio M.<sup>º</sup> Serra Goday.



Hilados y tejidos de lana, astracanes, terciopelos y tapicerías

Alegre & Puigbó, S. en C.

TARRASA

Despacho

PLAZA M. J. VERDAGUER, 13 + TELÉFONO 2318

Fábrica

RINCÓN, 13 + TELÉFONO 2330

FABRICA DE GENEROS DE PUNTO

**Sucesor de J. GUILLEMOT SINGLA**



PARROCO LLAURADO, 111

**TARRASA**

# CRISTIANDAD

1 Octubre de 1944

NÚMERO 13 - AÑO I

SUSCRIPCIÓN:

ANUAL . . . . . 48'— Ptas.

TRIMESTRAL . . . . 12'— »

EJEMPLAR . . . . . 2'50 »

REVISTA QUINGENAL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

CASPE, 60, 2.º, 1.º · TEL. 24870

B A R C E L O N A

## «Instaurare omnia in Christo»

Prosiguiendo la exposición de los Papas que han regido la Iglesia en los cien años últimos, CRISTIANDAD dedica este número al Santo Padre Pío X, el Pontífice de la Eucaristía, el Papa «sacerdote», que murió pronunciando palabras de paz al estallar la guerra de 1914.

«Instaurare omnia in Christo» fué el lema de su Pontificado; restaurar en Cristo, «no sólo cuanto corresponde propiamente al divino cargo de la Iglesia, que es guiar las almas a Dios, mas también cuanto del divino cargo se deriva, que es la civilización cristiana en el agregado de todos los elementos y en cada uno de los que la constituyen».

Admirables y dignas de recuerdo son las palabras con que Pío X ensalza esta misión civilizadora de la Iglesia:

«...La Iglesia, con predicar a Cristo crucificado, escándalo y locura a los ojos del mundo, vino a ser la primera institutriz y fatora de la civilización, cuyos bienes derramó por doquiera predicaron sus Apóstoles, conservando y beneficiando los buenos elementos de las antiguas civilizaciones paganas, arrancando a la barbarie y adiestrando a la vida civil los nuevos pueblos que se guarecían al amparo de su seno maternal, y dando a toda la sociedad, aunque a paso lento pero con trazos seguros y siempre progresivos, aquel sello tan realzado que conserva universalmente hasta el día de hoy. La civilización del mundo es civilización cristiana...» (Enc. «Il fermo proposito».)

Pero Pío X veía también amargamente los gérmenes de muerte que minaban esta civilización, malogrando sus frutos, sobre todo el más preciado de ellos, la paz. Así, ya en su primera Encíclica («E Supremi Apostolatus», 4 octubre 1903), publicada a los dos meses justos de su elevación al Pontificado, exclamaba:

«¿Quién podrá, en efecto, no sentir su alma sobrecogida de temor y tristeza, al contemplar la mayoría de los hombres, mientras de otra parte exaltan, y a justo título, los progresos de la civilización, luchar los unos contra los otros con tal encono que bien parece un combate de todos contra todos? Sin duda, el deseo de paz está en todos los corazones y no hay nadie que no la pida con todo su anhelo. Pero esta paz, insensato quien la busca fuera de Dios; pues desterrar a Dios es suprimir la justicia; y, descartada ésta, toda esperanza de paz resulta una quimera. La paz es obra de la justicia.» (Is. XXXII, 17.)

Por eso, Pío X, profundamente convencido de la virtualidad civilizadora de la Iglesia, que «la fuerza intrínseca de las cosas constituye, aun de hecho, en guardiana y vindicadora de la civilización cristiana», adoptó por lema y propósito de su Pontificado «Instaurare omnia in Christo».

«No hace falta decirnos — añadía en su Encíclica «Il fermo proposito» — qué linaje de prosperidad y bienestar, de paz y concordia, de respetuosa sumisión a la autoridad y de acertado gobierno se lograría y florecería en el mundo, si pudiera efectuarse por entero la cabal idea de la civilización cristiana.»

Pero los pueblos desoyeron entonces la voz del Papa, y sobrevino la catástrofe de 1914, a la que el corazón dolorido de Pío X no pudo sobrevivir.

\* \* \*

Cual eco lejano de las palabras de Pío X, escritas años antes de la primera Gran Guerra, su sucesor Pío XII, en su último discurso pronunciado con motivo del quinto aniversario de la guerra actual, proclama hoy también la civilización cristiana como «el fundamento solidísimo de la paz», y afirma asimismo que «el alma de una paz digna de este nombre, su espíritu vivificador, no puede ser sino uno solo: la Justicia».

¿Oirán hoy, después de una segunda prueba, más cruenta todavía, estas palabras de salvación?



# Sta. Teresita y sus «Vocaciones»

Sería un absurdo decir que Santa Teresita es desconocida, pues desde el momento de su muerte, se extendió la fama de su santidad y se la veneró en todas partes, tributándosele a porfía homenajes y alabanzas, que lejos de desvanecerse y disminuir, fueron adquiriendo con el tiempo mayor extensión y brillantez.

Cuando a los 28 años de su muerte, como gloriosa excepción a la regla establecida, fué canonizada, este hecho constituyó un triunfo sin igual, que respondía no sólo a los deseos del mundo cristiano, reiteradamente manifestados, sino a la voz de Dios, que con toda su fuerza y magnificencia se dejó oír por medio de la Iglesia, rivalizando todos en la exaltación de su virtud y santidad.

Pío XI, al proclamar sus virtudes heroicas y milagros probados, la llama «la niña querida de su corazón» y le otorga la rosa de oro, ofrenda que S. S. reservaba sólo a las reinas; príncipes de la Iglesia la llaman también «la delicia del género humano», y multitudes de todas las partes del mundo, no menos enamoradas de la maravillosa armonía de su belleza que de sus virtudes, se sienten irresistiblemente atraídas hacia esa santita encantadora, que prometió mandar una lluvia de rosas y pasar su cielo haciendo bien a la tierra.

Mas este halo luminoso de belleza y virtud que la rodea y la hace tan familiar por la suavidad de sus maneras y su sonrisa angelical, al propio tiempo que favorece la expansión espontánea de su culto de un modo extraordinario, hasta el punto de que puede decirse que no hay iglesia ni capilla donde no se la venere, hace que con mucha mejor intención que acierto, se interpreten sus doctrinas de un modo dulzón, y hasta tal vez con una simplicidad morbosa, desviándose del camino por ella señalado y ocultando y reduciendo la profundidad y amplitud de su espíritu, con lo cual queda desfigurada la sublime pequeñez de la infancia espiritual, por una minimización de la santidad que se caracteriza únicamente por lo pequeño.

Por lo tanto, si no puede decirse que es desconocida, sin vacilar puede afirmarse que a pesar de lo extendido que está su culto, no son pocas las personas que tienen de ella un conocimiento menos exacto.

En realidad, no es Santa Teresita la santita de los diminutivos empalagosos; su lluvia de rosas, no se limita a unos pétalos perfumados aunque descendidos milagrosamente; ni tampoco el bien que desde el cielo ha de hacer a la tierra se reduce a pequeños favores individuales aunque éstos sean muy apreciables y numerosos; es por el contrario LA GRAN SANTA, cuya vocación universal y eterna, absorbe en sus múltiples manifestaciones, al par que lo grande y lo heroico, los pequeños actos de la vida ordinaria elevándolos al nivel de lo sobrenatural. No se empequeñece ni al descender a las cosas pequeñas, ni con su caminito de infancia espiritual, sino que estas mismas cosas pequeñas se hacen grandes por el valor que adquieren al influjo de su doctrina celestial, la cual no es más que un eco del Corazón Divino y la manifestación de su misericordia.

Sin embargo, para evitar estas desviaciones morbosas que ocultan la sublimidad mostrando sólo la pequeñez, no es preciso hacer conjeturas. Ella misma se nos muestra tal cual es al explicar sus vocaciones, que implican precisamente el conocimiento íntimo de la modalidad especial de su santidad. En el capítulo XI de su vida nos dice así:

«Ser vuestra esposa, ¡oh Jesús!, ser carmelita, ser por mi unión con Vos madre de las almas, debía bastarme. Pero yo siento en mí otras vocaciones: la de guerrero, la de sacerdote, la de apóstol, la de doctor, la de mártir... Querría llevar a cabo las obras más heroicas, me siento con el valor de un cruzado y querría morir en el campo de batalla en defensa de la Iglesia.

»La vocación del sacerdote, ¡con qué amor, oh Jesús, os tendría en mis manos cuando mi voz os hiciera bajar desde el cielo!, ¡con qué amor os daría a las almas! Pero, ¡ay!, con todo el deseo de ser sacerdote, admiro y envidio la humildad de San Francisco de Asís, y siento la vocación de imitarle rechazando la sublime dignidad del sacerdocio. ¿Cómo realizar estos contrastes?

»Querría iluminar las almas como los profetas y los doctores. Recorrer el mundo, anunciar vuestro nombre y plantar en tierra de infieles vuestra cruz gloriosa, ¡oh mi Bienamado! Pero una sola misión no me basta; querría anunciar el Evangelio en todas las partes del mundo, llegando hasta las islas más remotas. Querría ser misionero, no solamente algunos años, sino haberlo sido desde la creación del mundo y continuar siéndolo hasta la consumación de los siglos.

»¡Oh!, más que nada querría ser mártir. ¡El martirio!: he aquí el sueño de mi juventud; este sueño ha crecido conmigo en la pequeña celda del Carmen. Pero esto es otra locura, pues no deseo una sola clase de suplicio; para satisfacerme las necesito todas...

»Querría morir desollada como San Bartolomé; como San Juan ser sumergida en aceite hirviendo; deseo como San Ignacio de Antioquía, ser triturada por los dientes de las fieras para convertirme en pan digno de Dios; con Santa Inés y Santa Cecilia querría ofrecer mi cuello a la espada del verdugo, y con Juana de Arco, ardiendo en una hoguera murmurar el nombre de Jesús.

»Si dirijo el pensamiento a los tormentos inauditos que padecerán los cristianos en tiempos del Anticristo, siento que mi corazón se estremece, y querría que fueran reservados para mí todos estos tormentos. ¡Abrid, Jesús mío, vuestro Libro de la Vida donde se consignan las acciones de todos los santos; todas querría haberlas cumplido por Vos!»

La lectura de estos párrafos evidencia la aberración que se comete al considerar en ella sólo lo diminutivo y lo pequeño, porque demuestran, como remontándose con el vuelo majestuoso del águila, otea el infinito y descubre el magnífico panorama de todas las heroicidades y abnegaciones precisas para hacer triunfar la causa de Dios y se lanza valientemente a la liza indicando el camino a las multitudes innumerables que han de seguirla.

Tanto como la excelencia y sublimidad de estas vocaciones la caracteriza la certeza de que todas se cumplirán. Es de todo punto necesario que esta certeza estuviera sostenida por la fuerza sobrenatural de Dios, pues era tal, que no la hizo vacilar ni el presentimiento de su temprana muerte, ni el ver que siendo carmelita desde los quince años y cumpliendo con todo rigor y exactitud las reglas y encerramientos prescritos por nuestra Santa Teresa, se anulaba para la acción exterior que al parecer requería aquel cumplimento.

Tampoco logró hacerla dudar el leer en las epístolas de San Pablo, que el cuerpo de la Iglesia se compone de diferentes miembros y que el ojo no puede ser la mano.

Entonces en vez de considerar temerarias estas aspiraciones de serlo todo, afirmase más la certeza de que lo será, y el contraste entre la quietud de su vida y los hechos que esto requiere, sólo hace que acuda a sus labios la misma discreta pregunta que la Virgen de Nazaret dirigió al ángel, cuando lo que le anunciaba tampoco podía verificarse por ninguna vía natural. ¿Cómo puede ser esto? Y como no tenía un ángel que con su contestación le resolviera la duda, buscó la respuesta atendiendo la voz de Dios por medio de las Sagradas Escrituras, y en las mismas epístolas de San Pablo encontró la solución. Veamos también cómo nos lo dice ella misma.

«El Apóstol explica cómo los dones más perfectos no son nada sin el amor y que la caridad es el camino más excelente para encontrar a Dios.

»Considerando el cuerpo místico de la Santa Iglesia, no me había reconocido en ninguno de los miembros descritos por San Pablo, o mejor quería reconocerme en todos. La caridad me dió la clave de mi vocación. Comprendí que si la Iglesia tenía un cuerpo compuesto de diferentes miembros, el más necesario, el más noble de todos los órganos no había de faltarle, comprendí que sólo el amor movía los miembros y que si este amor se apagara, ni los apóstoles anunciarían el evangelio, ni los mártires derramarían su sangre. Comprendí que el amor encierra todas las vocaciones, que el amor lo es todo, que abraza todos los tiempos y todos los lugares porque es eterno.»

Y «la paz fué su patrimonio, la paz plácida y serena del navegante que divisa el faro que le indica el puerto». Es decir, tuvo la seguridad de serlo todo y de cómo había de hacer para serlo.

Entonces sintió que el amor la consumía e hizo su solemne ofrenda como víctima del Amor Misericordioso, sumiéndola durante unos días en una especie de arrobaamiento que la abstraía de todo cuanto la rodeaba. A partir de este momento, al influjo de los ímpetus de este amor, su alma fué adquiriendo la plena madurez mientras su cuerpo minado por la enfermedad caminaba con lenta rapidez hacia la muerte.

La voz de Dios le daba la íntima persuasión de que su ofrenda era aceptada y la guiaba «sin ruido de palabras y sin confusión de pareceres»; todos sus pensamientos y acciones convergían hacia el cumplimiento de su misión expresada en sus múltiples vocaciones y una seguridad siempre creciente le hacía decir: «En el cielo, Dios cumplirá todas mis voluntades porque jamás he cumplido mi voluntad en la tierra.»

En cierta ocasión, no reparando en que su espíritu de sacrificio era lo único que físicamente la sostenía en pie, pues la fiebre la abrasaba, una de las hermanas le pidió su ayuda para un pesado trabajo de pintura. La Santa no pudo reprimir un ligero movimiento que denotaba cuanto le dolía esta incompreensión, y a continuación transcribimos una carta en la que ella comenta el hecho con su hermana y superiora, la Madre Inés de Jesús, que había sido testigo del mismo, y que además de demostrarnos que poseía la humildad que conoce los secretos que Dios vela cuidadosamente a los soberbios, este Dios que jamás se deja vencer en generosidad, no sólo le aseguraba que se cumplirían todos sus deseos, sino que cada vez le daba más prendas de esta seguridad.

«Madre bien amada: De pronto vuestra hija ha derramado dulces lágrimas; lágrimas de arrepentimiento y más aún de confianza y de amor. Hoy os he mostrado mi virtud, los tesoros de mi paciencia. ¡Yo que tan bien enseño a las demás! Estoy contenta de que hayáis visto mi imperfección. No me habéis reñido... pero lo merecía; de todos modos vuestra dulzura me ha dicho mucho más

que las palabras severas; sois para mí la imagen de la divina misericordia.

»Sí, mi hermana S..., por el contrario, es ordinariamente la imagen de la severidad del buen Dios. Pues bien, acabo de encontrarla. En lugar de pasar fría y fríamente junto a mí, me ha abrazado y me ha dicho: «Pobre hermanita, me habéis dado lástima, dejad el trabajo que os he pedido, he hecho mal!»

»Mas yo sentía en mi corazón la contricción perfecta, me he sorprendido al no recibir ningún reproche. Estoy convencida de que en el fondo me encuentra imperfecta; me ha hablado así porque cree que mi muerte está próxima. Mas no importa, no he oído más que las palabras dulces y tiernas que salían de su boca; entonces la he encontrado muy buena, y yo me encuentro muy mala!

»Al entrar en mi celda me preguntaba qué es lo que Jesús pensaba de mí. De pronto he recordado lo que dijo un día a la mujer adúltera: «¿nadie te ha condenado?», y yo con los ojos llenos de lágrimas le he respondido: «Nadie, Señor..., ni mi madrecita imagen de vuestra ternura, ni mi hermana S... imagen de vuestra justicia; y yo siento que puedo irme en paz, pues Vos tampoco me condenaréis.»

»¡Oh! Madre amadisima, os lo aseguro, estoy más contenta de haber sido imperfecta que si, sostenida por la gracia hubiera sido un modelo de paciencia. Esto me ha hecho tanto bien porque he visto como Jesús es siempre tan dulce, tan tierno para mí, por ello hay que morir de reconocimiento y de amor.

»Madrecita, comprenderéis que esta tarde, el vaso de la misericordia divina se ha derramado para vuestra hija. ¡Oh! desde este momento, lo reconozco, sí, todas mis esperanzas serán cumplidas... sí, el Señor hará por mí maravillas que sobrepujarán infinitamente a mis inmensos deseos.»

Por lo tanto desde este día ya sabe que no solamente se cumplirán todos sus deseos, sino que «Dios hará maravillas por ella que los sobrepujarán».

Y como si un raudal de luz divina proyectándose sobre el futuro, señalase vagamente los acontecimientos pero sin definirlos ni perfilarlos, ante sus ojos, próximos a cerrarse para las cosas de este mundo, van concretándose algunos conceptos; ya son los santos del cielo que la animan y le dicen: «Mientras eres prisionera no puedes cumplir tu misión; más tarde, después de tu muerte, este será el tiempo de tus conquistas.» Ya ella misma asegura que no tendrá descanso hasta que el ángel diga «no hay tiempo», porque entonces el número de los elegidos estará completo; ya escribe a sus hermanos misioneros que «En el cielo no estará inactiva; trabajará por la Iglesia y por las almas y deseará lo mismo que ha deseado en la tierra AMAR A DIOS Y HACERLE AMAR», o ya, al preguntarle sus novicias si las mirará desde el cielo, les contesta resuelta sin hacer ninguna reserva: «¡No, bajaré!»

Esta confianza culmina en la hora de la muerte, cuando ya siente próxima la voz del Esposo que le dice «Ven amada mía, paloma mía, ya el arrullo de la tórtola se ha oído, ya ha pasado el invierno...» exclama «no muero, entro en la vida» y «siento que mi misión va a empezar».

No es posible al hombre penetrar los arcanos de la Providencia, los designios de Dios como sus juicios son inexcrutables, mas confiemos que en esta vida de Santa Teresita y en esta misión que empezaba al morir, se realizarán las maravillas de sus «vocaciones» de un modo que sobrepujarán a sus inmensos deseos. Pero no podemos hacer otra cosa que creer y preguntarnos ¿cómo podrá ser esto?, ¿cuándo será?

MARÍA ASUNCIÓN LÓPEZ

# El Papa de la Sagrada Eucaristía

En una fría mañana de enero, descalzo y mordisqueando un trocito de pan, único alimento del día, un niño recorre muy deprisa la desierta carretera que conduce a Casteliranco desde la casa de sus padres en Riese.

El chiquillo quiere ser sacerdote, y en la escuela de Casteliranco le darán los conocimientos indispensables para que pueda entrar en el Seminario...; pero, ¿cómo estudiar? Y el pequeño Bepi estruja su cerebro escudriñando la solución del difícil problema: su padre, el anciano Sarto, enfermo y de mucha edad..., su madre..., sus hermanos... Ya es grande el sacrificio que hacen con dejarle estudiar; él, que es el mayorcito, pronto podría ayudarles en algo, y será sólo una dura carga.

Antes de sus largas caminatas a la escuela, Bepi, el pequeño Sarto, arrodillado ante el silencioso sagrario de su iglesia de Riese, comunica a Jesús sus penas y esperanzas, reza mucho... y al salir de la iglesia se pregunta extrañado, con su inocencia encantadora, ¿por qué estará Jesús siempre tan solo?, ¿por qué no entrará más la gente a saludar a Jesús? La desierta carretera de Casteliranco escucha muchas veces los sollozos del niño, que repiten las palabras que diría un prelado de nuestros tiempos: «Jesús solo porque le han quitado a su pueblo, el pueblo solo y desgraciado porque no le dan a Jesús».

\* \* \*

Está cerca la Pascua judía, nos encontramos hacia el mes de mayo, en plena primavera oriental del año anterior a la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.

En las márgenes del lago de Galilea, Jesús, que desciende de su barca, se encuentra rodeado de una inmensa multitud que le aguarda impaciente; Jesús cura a sus enfermos, y alimenta sus espíritus con sus palabras de vida. Pero es muy tarde, y aquella multitud no ha comido nada desde hace muchas horas, siguiendo a Jesucristo. Cinco mil hombres, más las mujeres y los niños. Para alimentar a esa multitud, cinco panes y unos pocos peces..., y aquel pueblo, extrañado y admirado por lo que contempla, se sacia de pan y pescado que ha salido de las manos de Jesús multiplicado.

Pero Jesús no hace los milagros por capricho y sin razón, y aquel pueblo que le aclama y adora por el prodigio que presenciara, escucha las palabras de Jesús que lo llena de espanto: «Yo soy el pan de vida... Os he dado pan material, pero el pan que yo os daré está muy por encima de todos los panes y del maná y de los alimentos que conocéis... El pan que yo os daré es mi carne... Si no coméis la carne del Hijo del Hombre y bebéis su sangre, no alcanzaréis la vida eterna... El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y yo lo resucitaré en el último día...» Los judíos se escandalizan, les repugna escuchar aquella doctrina... «No lo dudéis, no estoy haciendo una figura de expresión, es real lo que os digo: Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida.»

Un año después, terminada la cena legal del cordero, Jesús Nuestro Señor cumple su promesa instituyendo el Sacramento de Amor. La carne de Jesús es verdaderamente comida y la sangre de Jesús es verdaderamente bebida.

En los primeros tiempos, los apóstoles siguen celebrando la cena en la forma que Jesucristo Nuestro Señor lo hiciera. Hasta finales del siglo II, se designa a la Sagrada Eucaristía con el nombre preciso y concreto de «la fracción del pan».

San Lucas nos habla de la fracción del pan como cosa muy conocida de todos y que se celebra frecuentemente y quizás cada día. El rito es acomodándose a las palabras y hechos de Jesús en la institución del Sacramento.

Después de Pentecostés, cuando se convierten en masa por el primer discurso de San Pedro cerca de tres mil, dice San Lucas que se estrechan entre sí y en torno

a los Doce en la Fracción del Pan y en la práctica de la oración. La presencia de Jesús en la nueva Iglesia, es algo más que su asistencia constante, es una asistencia y presencia real y física que responde perfectamente a la promesa «Estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos».

San Pablo, el apóstol de las gentes, explicará la Eucaristía con detalles y repetidamente como cosa esencial que arranca del Señor: «Yo he recibido del Señor lo que a mi vez os he transmitido también, que el Señor en la noche que fué entregado tomó el pan y habiendo dado gracias lo partió y dijo: «Este es mi cuerpo por vosotros, haced esto en memoria mía», de igual manera el cáliz...» San Pablo, como los apóstoles, sigue celebrando la Fracción del Pan congregando junto a la mesa a los fieles y dándoles la comunión después de dirigirles la palabra.

Hacia los finales del primer siglo o principios del segundo, se escribió una especie de catecismo que se atribuyó mucho tiempo a San Bernabé, *El Diduché*; es un documento antiquísimo, que en varios de sus capítulos trata de la Eucaristía y de la forma de su administración, así como del respeto que merece: «Reunidos el domingo, partid el pan y dad gracias, después que hayáis confesado vuestros pecados, para que vuestro sacrificio sea limpio. Quien tenga querrela con su hermano, que no se reúna con vosotros antes de haberse reconciliado, para que vuestro sacrificio no sea profanado. Esto es lo que...» «No deis lo santo a los perros.»

Será San Ignacio Mártir, contemporáneo del discípulo amado del Señor, quien refutará los errores cristológicos que se han reflejado en la Eucaristía, con frases claras y tajantes: «Se abstienen de la Eucaristía y de la oración, porque no reconocen que la Eucaristía es la carne de nuestro Salvador, la carne que ha sufrido por nuestros pecados...» (Smyrn 7; j 64). «Vosotros partís todos un mismo pan que es remedio de inmortalidad, un antídoto que nos preserva de la muerte y nos asegura para siempre la vida en Jesucristo» (Ephes 20, 2; j 43).

San Justino tiene unas magníficas presentaciones de la presencia real de Jesucristo dirigida a los paganos para que la conozcan. En estos escritos y en todos los anteriores, es de notar que, dentro de la improvisación propia de los primeros tiempos, todos siguen unas normas fijas y comunes, preludio de las litúrgicas de hoy, para la celebración de los Sagrados Misterios.

En los antiguos hipogeos y catacumbas de la ciudad eterna, encontramos representada la Eucaristía por un sin fin de alegorías, entre las que destacan un pez, figura de Jesucristo por el simbolismo teológico que encierra su nombre en griego, y figura de la Eucaristía en recuerdo de la historia de Tobías, en que un pez sirve de alimento para el viaje, echa el demonio de la joven Sara y cura la ceguera del anciano Tobías. Admirable semejanza con la influencia de la Sagrada Eucaristía en nuestra vida, donde nos alimenta, conforta, cura y defiende.

En el epitafio de Abercio, anterior al año 216 y que se encuentra custodiado en el museo de Letrán, se dice: «...A todas partes me ha llevado la Fe, la cual me ha proporcionado en todos lados para comida un pez ingente y puro de una fuente, que cogió una virgen casta y dió a los amigos para que lo comieran siempre...»

Encontramos también el canasto con pan y vino, el trípode con pan y el pez. En una de esas antiguas pinturas de las catacumbas, encontramos representados el pan y los peces sobre una mesa a uno de cuyos lados un hombre los bendice y al otro uno está en actitud orante representando a la Iglesia que ora ante las especies consagradas. Otra antigua pintura de la capilla griega del cementerio de Priscilla, representa el acto mismo de partir el pan. En las catacumbas de San Calixto, encontramos una imagen del Buen Pastor con un vaso de leche en la mano, que según la visión de Santa Perpetua es figura también de la Eucaristía. Vió la Santa, dice el Padre Leal, en un jardín al Buen Pastor rodeado de

su rebaño y de otros pastores. El Pastor, que ordeñaba sus ovejas, le dió un poco de leche cuajada, mientras los demás asistentes bajaban la cabeza y pronunciaban el amén ritual de la comunión.

San Cipriano nos cuenta en su libro de *Lapsis*, el espectáculo admirable que representan a diario hombres y mujeres, jóvenes y niños que se preparan en la cárcel al martirio por la recepción de la Sagrada Eucaristía: «Por eso diariamente reciben el cáliz de la sangre de Cristo, para que puedan ellos a su vez, dar la sangre por Cristo».

Desde la paz de Constantino en el siglo IV, comienza una era de paz y prosperidad que algunos escritores no han dudado en llamar la época de oro, y de oro es, pues en ella brillan con los fulgores del precioso metal la pluma y la palabra de Crisóstomo, la elocuencia de Agustín, la profunda doctrina de Cirilo de Jerusalén y las palabras resplandecientes de San Cirilo de Alejandría y de Teodoro de Mopsuestia. Todos ellos con su palabra y sus escritos entrelazan un tronco admirable de doctrina y de fe sobre el que el pueblo cristiano de su tiempo y de todos los tiempos contemplará radiante de esplendor el augusto Sacramento de la Eucaristía.

Pasarán los años, y el culto a Jesús Eucaristía se establecerá con normas fijas y definitivas. La creencia de la permanencia del Señor en las especies sacramentales después de la celebración del sacrificio, es de los primeros tiempos; nos lo demuestran aquellos diáconos que distribuyen la Comunión a los presos y ausentes. «Terminada la oración y el amén del pueblo, los ministros que nosotros llamamos diáconos, distribuyen a todos los asistentes el pan, el vino y el agua consagrados, y ellos lo llevan también a los ausentes», nos dice San Justino el Filósofo.

En los primeros tiempos, nos dice Bergier, se administraba la Sagrada Eucaristía inmediatamente después del Bautismo, por considerar igualmente necesarios para la salvación los dos sacramentos; ello hizo que en la práctica se administrara el sacramento solamente en las especies del vino, para evitar una posible profanación.

Años más tarde se estableció paulatinamente la disciplina actual, exigiendo el ayuno natural y absoluto y las ceremonias y ornamentos que prescriben los rituales de hoy. La limpieza de corazón es el punto cumbre que la Iglesia exigió antes, ahora y siempre para la recepción de este augusto Sacramento. La Iglesia antigua en sus disciplinas, y la de hoy, que es la misma, por sus rituales ceremoniales y preceptos litúrgicos, parece estar repitiendo continuamente las palabras antiguas del viejo *Didaché*: «No deis lo Santo a los perros».

El culto a la Sagrada Eucaristía tiene su cumbre en la institución del Corpus Christi por el Papa Urbano IV. Muchos años más tarde, el Papa Nicolás V introdujo en Roma las grandes procesiones del Corpus llevando procesionalmente al Santísimo desde la Basílica de San Pedro hasta la puerta Castello. Con motivo de los errores eucarísticos de Berengario, se comenzó a dar gran esplendor a la administración del Viático a los enfermos, cosa que la Iglesia no ha dejado de recomendar encarecidamente siempre que para ello no se encuentre dificultad seria.

En los primeros tiempos de la Iglesia, no se comprendía la celebración del sacrificio sin la comunión de todos los asistentes. Fuera de la Misa, sólo se daba a los impedidos y enfermos que no podían asistir. No nos consta si en los primeros tiempos se celebraba la Misa diariamente, pero sí que consta que era con grandísima frecuencia.

San Cipriano (siglo III) dice que él y su clero comulgan cada día, y esta misma práctica dura en el siglo V, según nos afirma San Agustín.

En tiempo de San Jerónimo se comulga a diario en Roma y en España (Epíst. 48 ad Pammach. 15). En la vida de Santa Melania se nos dice que la comunión diaria era habitual en Roma como tradición recibida de San Pedro y San Pablo.

En España, por testimonio de San Jerónimo, nos consta se comulgaba diariamente en los siglos IV y V. San Isidoro y San Ildefonso, en los siglos VI y VII aconsejan la comunión diaria como cosa ordinaria en la época.

Pero el ruido enloquecido de las guerras, el frenesí

de los hombres por preocupaciones sin fundamento alguno, el soplo glacial de los errores que se filtraba entre el pueblo cristiano... fueron secando y endureciendo el corazón del hombre hasta que comenzó a decaer notablemente al acercarse a la Sagrada Mesa a comer el pan de Vida Eterna.

Tan grande era el mal, que el año 1215, la Iglesia, reunida en el IV Concilio Lateranense, al contemplar las funestísimas consecuencias que se cernían sobre los hombres desde que se alejaron del Sacramento del Amor, tomando en su mano su poder coactivo, se ve precisada a imponer bajo pena de pecado mortal la comunión anual por Pascua.

Años más tarde, el Concilio Tridentino (1545) confirma la decisión del Lateranense. El canon del Tridentino es terminante: «Si alguno negare que todos y cada uno de los fieles cristianos de ambos sexos, cuando hayan llegado al uso de la razón, están obligados a comulgar todos los años, a lo menos en Pascua florida, según el precepto de nuestra santa Madre la Iglesia, sea excomulgado».

El pueblo cristiano cumplió el precepto de la Iglesia, pero las costumbres y prescripciones eran muy otras que aquellas de las primeras cristiandades que junto a los apóstoles y sus sucesores vivían de Jesús: el cierzo de los errores, las pasiones desordenadas, aparentes respetos..., soplaba con fuerza descomunal que apartaba del sagrario a los hombres, que dejaba a las iglesias solitarias y a Jesús en su encierro en medio del barquichuelo de su Iglesia..., dormido porque nadie le despertaba con el susurro de una súplica o una oración. El mundo, lentamente, poco a poco, se apartaba de Jesús.

Frente a su mesa del Vaticano, el Pontífice Supremo, el Obispo de la Iglesia universal ha firmado un decreto... Detiene su pluma... ¡Qué recuerdos se agolpan a su mente!... Jesucristo en el cenáculo, los apóstoles, aquellas comunidades de cristianos de los primeros siglos que se reúnen en la Fracción del Pan... Allí se estremecen las lenguas y las plumas de oro de los Agustines, los Crisóstomos, los Cirilos, los Ciprianos, los Justinos... Allí suenan los nombres de grandes pontífices, Vicarios inmortales de Jesucristo: Inocencio, Urbano, Clemente, Nicolás, Paulo...; parecen resonar los himnos armoniosos del ángel de las Escuelas: Tomás de Aquino; las melodías de Buenaventura... Y en seguida otros recuerdos más cercanos asaltan la mente del Pontífice. Riese con su iglesita y su solitario sagrario cerrado casi siempre, aquella carretera fría y desierta de Castelfranco, aquel su Seminario de Padua; el septiembre de 1858 en que fuera sacerdote y cantara su primera misa; Tombo, Solzano, Treviso, Mantua, Venecia... Aquel su Congreso Eucarístico de 1897; aquel 4 de agosto de 1903, dos años hacía, en que fuera elegido Supremo Pontífice de la Iglesia...

Y el mundo atónito, leía aquel decreto del sucesor de Pedro sobre la comunión frecuente, que restauraba en Cristo lo que el mundo había intentado construir y arreglar a su manera dejando a Jesús triste al robarle a su pueblo y al pueblo desolado y muerto al quitarle a su Jesús.

El 15 de septiembre del año 1906 publicaba un decreto que completaba el anterior al añadirle la comunión frecuente de los niños, y otro decreto de diciembre del mismo año sobre los enfermos, y el *Quam singulari*, en 8 de agosto de 1911 también sobre la comunión de los niños.

El pequeño Bepi de otros tiempos ha conseguido lo que se proponían los afanes y esfuerzos de sus años mozos: Seré sacerdote y acercaré al pueblo a Jesús y a Jesús al pueblo.

En los comienzos del siglo XX, un Pontífice grande dió el grande y trascendental paso para la regeneración del mundo... Era el espíritu de la Iglesia de los diecinueve siglos anteriores... era el espíritu de Jesús, del Señor humilde, oculto tras las apariencias del pan que su Pontífice y Vicario en la tierra, partió y dió a los hambrientos para que lo comieran.

Pío X, el Pontífice Supremo y Obispo de la Iglesia Universal, será siempre EL PAPA DE LA EUCARISTIA.

JOSÉ MANUEL GARCÍA-DÍE, Pbro.

# El modernismo Religioso

*«Enimvero non is a veritate discedat qui eos ecclesiae adversarios quovis alio perniciosos habeat.»*

«Ciertamente, no se apartará de la verdad quien los tenga como los más perniciosos adversarios de la Iglesia.»

(Enc. *Pascendi*.)

El espectáculo de un jefe autocrático que se ve obligado, en un momento dado, no sólo a prescindir, sino a enjuiciar y a sancionar gravemente a sus más íntimos colaboradores, es altamente dramático.

¿Qué emociones debían embargar, por ejemplo, a Mussolini cuando se vio traicionado incluso por su yerno! Si la memoria de Julio César pasó en aquel momento por su mente, tan propensa de seguro a estas analogías, el «*Tu quoque, fili mi!*» debía, naturalmente, presentarsele.

¿Quién no compartió un poco estas emociones? ¿Quién no había sentido otra parecida en 1938, cuando Stalin mandó fusilar a casi todos los miembros de su vieja guardia? El 30 de junio de 1934 (Hitler).

Me imagino, en momentos semejantes, a un jefe de Prensa anunciando con un rostro muy serio, muy pálido, muy impasible, la noticia de la traición sofocada a los periodistas encargados de transmitir al país: «La Patria se ha librado hoy de un grave peligro».

\* \* \*

Esta misma mezcla de sentimientos encontrados: congoja, escalofrío, aturdimiento y cólera se experimenta al ver a Pío X, el gran Pontífice de principios de siglo, ejecutar un acto semejante con la publicación de la Encíclica *Pascendi*, que nunca más le han perdonado sus enemigos.

Toda ella, en efecto, no hace más que sugerir un grito: «La Iglesia se ha librado hoy de un grave peligro».

Una traición perversa, en efecto, con artes enteramente nuevas y llenas de perfidia se esforzaba por aniquilar las energías vitales de la Iglesia. Y la infiltración era tan extensa, que bien podría decirse, adaptando una frase escrita a propósito de la herejía de Arrio: «El mundo católico despertó, y se encontró, aterrado, que era modernista».

Y el Papa sale al paso a tanto mal. Energía en la réplica, emoción contenida en el tono, ausencia absoluta de sensibilidad ante el peligro que amenazaba al rebaño de Cristo.

«Lo que sobre todo exige de Nos que rompamos sin dilaciones el silencio, es la circunstancia de que al presente no es menester ya ir a buscar a los fabricantes de errores entre los enemigos declarados: se ocultan, y esto es precisamente objeto de grandísima ansiedad y angustia, en el seno mismo y dentro del corazón de la Iglesia...»

Y fulmina:

«Cualesquiera Rectores o Maestros de los Seminarios o Universidades Católicas que de algún modo estuviesen imbuidos de modernismo sean apartados de su cargo, así de regir como de enseñar, sin miramiento de ninguna clase..., así como los que encubierta o descubiertamente favorecen al modernismo alabando a los modernistas o excusando su culpa..., asimismo los amigos de novedades en Historia, en Arqueología o en los estudios bíblicos...»

«Con semejante severidad y vigilancia han de ser examinados y elegidos los que piden las órdenes sagradas; ¡lejos, lejos vaya de las órdenes sagradas el amor de las novedades!»

«Es asimismo deber de los Obispos cuidar que los escritos de los modernistas (o que saben a modernismo o lo promueven) si han sido publicados no sean leídos, y si no lo hubieran sido, no se publiquen... Ni hay que formar otro juicio de los escritos de algunos católicos, hombres por lo demás no de mala intención que, ignorantes de la ciencia teológica y empapados en la filosofía moderna se esfuerzan por concordar ésta con la fe, pretendiendo, como dicen, promover la fe por este camino...»

«De semejantes escritos ha crecido tanto su número que no hay fuerza capaz de catalogarlos a todos...»

¿Queréis algo más? Leed:

«Los Obispos no permitirán en lo sucesivo que se celebren Asambleas de Sacerdotes sino rarisima vez, y si las permitieren, sea bajo la condición de que no se trate en ellas de cosas tocantes a los Obispos o a la Sede Apostólica; ...y que no se hable en ninguna manera de cosa alguna que tenga sabor de modernismo, presbiterianismo o laicismo...»

Modernismo en los libros, modernismo en las cátedras, modernismo entre el clero, modernismo entre la juventud... Ciertamente, la lectura de la Encíclica *Pascendi* provoca inmediatamente este comentario espontáneo: «La Iglesia se ha librado hoy de un grave peligro».

«¡El Papa estaba mal informado!»

Este es el santo y seña de todo heresiarca, desde que el jansenismo inauguró la sorprendente táctica de obstinarse en pertenecer a la Iglesia.

Para evitar esta evasiva, Pío X dedica páginas extensas a exponer, con el mayor detalle, la doctrina modernista.

«En toda esta exposición de la doctrina de los modernistas, venerables hermanos, pensará por ventura alguno que nos hemos detenido demasiado; pero era de todo punto necesario, ya para que no nos recusaran, como suelen, diciendo que ignoramos su doctrina; ya para que sea manifiesto que, cuando hablamos del modernismo, no tratamos de doctrinas vagas y sin ningún vínculo de unión entre sí, sino de un cuerpo definido y compacto, en el cual, si se admite una cosa de él, siguen las demás por necesaria consecuencia.»

El modernismo es, pues, una escuela — o, si se prefiere, un espíritu — bien sistematizada. ¿Cuáles son los postulados en que se funda?

El principal — exponente común de la filosofía postkantiana — es el *agnosticismo*. Podría resumirse éste diciendo: que el conocimiento intelectual humano, no sólo tiene su punto de partida en el mundo de las impresiones sensibles — o como dicen, en el mundo fenomenal —, sino que no puede rebasarlo. Todo conocimiento científico, racional, de Dios le está, pues, vedado.

Sin embargo, la fe existe como un hecho. ¿De qué manera se puede explicar? Un segundo postulado entra entonces en juego, el de la *inmanencia vital*, que explica la religión como una serie de teoremas basados en los actos vitales subjetivos del hombre, y en especial en el *sentimiento religioso*.



«En el *sentimiento religioso* se descubre una cierta intuición del corazón, merced a la cual, y sin necesidad de medio alguno, alcanza el hombre la *realidad* de Dios y tal persuasión de su existencia dentro y fuera del ser humano, que traspasa con mucho toda persuasión científica.»

Sería imposible, ahora, seguir al modernista en todos los campos. Pues es de saber que

«cada modernista representa a la vez variedad de personajes, y los como mezcla entre sí: es filósofo, creyente, teólogo, historiador, crítico, apologista, restaurador...»

El Papa les va siguiendo en todos estos recodos, pues

«la táctica de los modernistas, táctica, a la verdad, insidiosísima, consiste en no exponer jamás sus doctrinas de un modo metódico y en su conjunto, sino dándolas en cierto modo por fragmentos y esparcidas acá y allá, lo cual contribuye a que se les juzgue fluctuantes e indecisos en sus ideas, cuando en realidad éstas son perfectamente fijas y consistentes».

Este proceder da a su conducta y a sus obras un aspecto desorientador:

«...muchos de sus escritos y dichos, en efecto, parecen contrarios... De aquí que tropecemos en sus libros con cosas que los católicos aprueban completamente; mientras que en la siguiente página hay otras que se dirían dictadas por un racionalista.

«De aquí que cuando escriban de Historia no hagan mención de la Divinidad de Jesucristo; pero predicando en los templos la confiesan firmísimamente.»

No es necesario decir más para hacer apreciar cuán peligrosa es esta táctica.

### *Jesucristo y la Iglesia: idealización y evolución*

Unas palabras finales para indicar de qué manera, como diría el Papa, «aplican el hacha a las raíces mismas de la fe».

Las ironías de Voltaire o de los racionalistas quedan bien pobres, bien inofensivas, ante la evidente penetración psicológica que revelan los modernistas en su crítica histórica.

Han observado, en efecto, un hecho que se da en todas las literaturas: la idealización de sus héroes. Y aplican esta teoría a Jesucristo.

Han considerado a la Iglesia como fruto de la necesidad de comunicar a otros nuestro sentimiento religioso: la autoridad no puede, por lo mismo imponer órdenes a este sentimiento.

Han definido a la Religión como un hecho «vital»;

su característica será, por lo tanto, una perpetua evolución y progreso.

(¿Qué diría a esto el historiador de las *Variaciones del Protestantismo*?)

Todo ello presidido por un supuesto inalterable: que *lo sobrenatural no puede darse como hecho histórico*, puesto que no es otra cosa que lo incognoscible. Jesucristo, pues, no puede ser para un historiador más que un moralista, como lo han sido —¿quién no ha visto insinuada esta comparación?— Sócrates, verbigracia, o Sakia-Muni.

Ved un ejemplo de las razones, ora decididas, ora insinuantes, con que apoyan su labor disolvente, en un texto de Loisy:

«Hay un cierto número de conclusiones que la crítica no católica no abandonará ya, porque hay razones poderosas que llevan a considerarlas como definitivamente adquiridas por la Ciencia. Tales son, entre otras, las siguientes:

»El Pentateuco, en la forma que ha llegado hasta nosotros, no puede ser obra de Moisés.

»Los primeros capítulos del Génesis no contienen una historia real y exacta de los orígenes de la humanidad.

»No todos los libros del Antiguo Testamento, ni las diversas partes de un mismo libro, tienen siempre el mismo carácter histórico.

»Todos los libros históricos de la Escritura, incluso los del Nuevo Testamento, han sido redactados por procedimientos más libres que los de la historiografía moderna, y por lo tanto, una cierta libertad de interpretación es consecuencia legítima de la que reina en su composición.»

¿Quién no se encontraría inclinado a admitir este último párrafo, por ejemplo, si no le hubiera alarmado un poco el vecindaje de los que le preceden? ¿No parece su conclusión muy razonable, muy natural?

Añadid a esto que los modernistas se distinguían externamente, por llevar una vida muy piadosa; que nadie impugnaba tanto el racionalismo como ellos. Así, cuando Harnack publica, en mayo de 1900, su obra *La esencia del Cristianismo*, Loisy se siente «avergonzado» por la Iglesia, y, presentándose como su campeón, se dispone a recoger el guante que el racionalista alemán había lanzado...

\* \* \*

«La Iglesia se ha librado hoy de un grave peligro.»

Ya lo había señalado León XIII; pero Pío X es el encargado de darle la batalla definitiva.

Esta se traba, principalmente, por medio de dos documentos: el llamado «Sílabo de Pío X» (Decreto *Lamentabili*) y la Encíclica *Pascendi*, junto con el llamado «juramento antimodernista».

Hace de ello casi cuarenta años... ¿Puede decirse que se trata de un problema ya histórico, o siguen flotando en el aire tendencias modernistas?

Séanos permitido contestar con un texto célebre de la filosofía medieval: «*altissimum enim negotium est hujusmodi, et majoris egens inquisitionis...*» Es éste un asunto muy grave y que necesita de mayor estudio.

JAIME BOFILL



# El modernismo social "LE SILLON"

En el primer número dedicado a León XIII se comentaba su Encíclica a los franceses *Au milieu des sollicitudes* y se reproducían extensos fragmentos de la misma. Asimismo comentábamos las dos corrientes opuestas a que la interpretación de dicha Encíclica había dado lugar entre los católicos franceses: la de los colaboracionistas o *ralliés* y la de los anticollaboracionistas.

Hoy nos interesa estudiar someramente la evolución de los *ralliés*, y si no de todos ellos, la de una fracción importante de los mismos que se desvió del sano camino y es un ejemplo vivo de los peligros a que puede arrastrar la exageración de la doctrina democrática y liberal. Nos referimos a *Le Sillon*.

## COMIENZOS DE "LE SILLON"

Hacia el año 1890 un grupo de jóvenes se reunía en la cripta del colegio Stanislas, de donde su agrupación tomó el nombre de «La Cripta». Entre ellos sobresalen Paul Renaudin, Etienne Isabelle y Marc Sangnier. Publican una revista, *Le Sillon* («El Surco») bien orientada y bien escrita.

Marc Sangnier, quizá el mejor dotado de todos, rebosante de ingenio, de gracia, de simpatía y de elocuencia fué, como alférez de ingenieros, destinado a Toul para cumplir sus deberes militares. Allí, con su entusiasmo contagioso realizó una bella labor entre los soldados.

Al terminar su servicio militar, Sangnier vuelve a reunirse con sus compañeros de «La Cripta». Sus actividades derivan cada vez más hacia el campo social. La revista *Le Sillon*, que dará nombre a todo el grupo, se convierte en una revista de cuestiones sociales. Marc Sangnier empieza sus famosos viajes por Francia y luego por el extranjero.

No podemos seguir paso a paso su evolución, pero marcaremos algunos de los hechos más sobresalientes.

## SUS DOCTRINAS

Políticamente sus doctrinas son demócratas y republicanas a todo serlo. Se hallan con frecuencia en sus escritos y discursos expresiones como éstas: «Quien dice democracia dice Cristianismo», «La vitalidad democrática del catolicismo francés», «La democracia no sería concebible sin Cristo». La tentativa era por tanto considerar a la Iglesia infeudada a una forma política, contra la norma de la misma y las enseñanzas concretas de León XIII.

La condenación del americanismo en la carta de León XIII al Cardenal Gibbons, Arzobispo de Baltimore, les hirió en lo vivo y llegaron a decir que con ella el Papa desautorizaba todo su Pontificado.

La Encíclica *Aeternis Patris* también es vivamente discutida. Se niega todo valor a Santo Tomás, al que creen ampliamente superado. Hubo protestas, y Marc Sangnier tuvo que llamar al orden recordando que la teología y la exégesis no era cosa suya.

Bien pronto hallamos la idea mesiánica. En el Congreso de Tours un ponente dice: «Es que también nosotros hemos oído la palabra de Cristo: *Euntes docete omnes gentes*. Este movimiento de nuestra época es paralelo a la predicación y acción de los evangelistas: cerrajeros como José, pescadores como Andrés y Pedro, tejedores como Pablo... No nos engañemos, este catolicismo popular aun en mantillas, aun débil de cuerpo, es inmenso en su alma... Marc Sangnier, a quien Charles Brun llamaba sin exagerar Marcos el Evangelista...» En otro lugar le llaman «el nuevo Mesías». Se podrían multiplicar los textos.

Otra desviación más peligrosa: creen en el progreso indefinido de la religión: «Sí, tengo la candidez de creer

que el Evangelio no ha dicho su última palabra, que la humanidad es perfectible.» «Cristo ha depositado en el alma humana fuerzas morales de las que no hemos descubierto sus últimas aplicaciones sociales.»

Hay que formar una *élite* democrática, que tendrá por característica su formación espontánea. Así dicen: «La emancipación del proletariado saldrá del esfuerzo mismo del proletariado».

Los individuos deben ser educados para que cumplan sus deberes por convicción íntima. Cuando se llegue a este punto las leyes serán inútiles. El Estado no es nada; la iniciativa privada, todo. Estamos frente a un anarquismo cristiano.

El Abbé Desgranges en su apología oficial *Les vraies idées du Sillon* dice: «Es evidente que nacen formas sociales nuevas y se desenvuelven por todas partes haciendo estallar el molde viejo de nuestras instituciones decadentes. Nuestros actos no deben ser tan sólo un molde nuevo de un organismo viejo, sino piedras de apoyo de la sociedad futura.

¡La sociedad futura! He aquí su bello ideal. Ella exige una inversión de todos los valores sociales: los burgueses y los intelectuales de la hora presente no son capaces de ello. Léxico e ideas socialistas.

Socialismo igualmente en lo que se refiere a la propiedad. Supresión de patronos y obreros. Economía a base de cooperativas.

Marc Sangnier escribió un drama, *Par la mort*, representado centenares de veces, que sostiene una tesis profundamente inmoral, en perfecta oposición al cuarto mandamiento.

Estas ideas y orientaciones se acentúan especialmente después de 1905, y los Obispos empiezan a dar voces de alarma. Antes gran parte del Episcopado francés lo apoyaba, y es muy comprensible dado el empuje y entusiasmo de los componentes de *Le Sillon*.

## "LE PLUS GRAND SILLON"

Entonces dan el último paso que les enajena las simpatías de casi todos los Obispos y que al fin les acarrea la condenación de Roma.

Las teorías sociales por ellos mantenidas les pusieron en contacto con los protestantes, especialmente las «Asociaciones cristianas». Nació la idea de *Le plus grand Sillon* («El más grande Surco»). Allí ya no se trataba tan sólo de católicos; cabían todos: católicos, protestantes, judíos e incrédulos mientras sintieran ansia de renovación social.

Con el fin de atraerse el mayor número posible de no católicos acentúan su tendencia democrática a expensas del carácter católico, que llegan a negar.

Se convierten en apologistas de la Revolución Francesa, que pese a sus grandes errores, consideraban como esencialmente cristiana, y hallan un gran contenido religioso en Robespierre, Danton y Desmoulins. Estrechan amistad con Jaurés, Seignobos, Loisy y otros destacados anticatólicos.

En 1906, Marc Sangnier dice que «*Le Sillon* no es un movimiento religioso, sino laico, que quiere realizar en Francia la República democrática».

El Papa empieza a preocuparse y prohíbe a los sacerdotes su ingreso en *Le Sillon*.

Marc Sangnier quiere dar un golpe de efecto. Va a Roma, solicita audiencia del Papa, la obtiene y luego publica una relación en la que dice una serie de vaguedades sobre Roma y el Vaticano. Pero el mismo Papa refirió al Obispo de Montauban, que lo hizo público, la verdad de la audiencia: El Papa dijo a Marc Sangnier: «Habéis hecho defección. Habéis querido una asociación puramente política y laica. No podemos aprobarlo. Por esto ni vos ni vuestra obra podéis contar con Nuestra bendición».

## LA CONDENACIÓN

La confusión de espíritus crecía. El Papa no pudo guardar silencio más tiempo. El 25 de agosto de 1910 publica su Encíclica de condenación. Documento de emoción hondísima, modelo de moderación y caridad.

Empieza manifestando su deber de velar por la pureza de la doctrina. Señala un aspecto bueno y otro malo de *Le Sillon*, que se desvía de la buena doctrina. Le es preciso decir la verdad.

Merece censuras: a) por substraerse a la dirección de la Iglesia, b) porque pretende la igualdad y nivelación absoluta de las clases.

Analiza las doctrinas esenciales de *Le Sillon*. Pretende elevar malamente la dignidad humana por la libertad y la igualdad y por la participación del Poder de la democracia.

Refuta estas doctrinas. Sus ideas son erróneas acerca de la autoridad que ellos colocan en el pueblo, quien la delega en los gobernantes, aunque continúa residiendo en él. Esto lo condenó León XIII en la Encíclica *Diuturnum illud*. Si el pueblo continúa poseyendo el poder, la autoridad no es más que un mito.

Son erróneas acerca de la justicia y la igualdad. Para ellos toda desigualdad es una injusticia, principio contrario a la naturaleza de las cosas. No admiten otra forma de gobierno que la democrática, lo que es injusto para las otras formas. Quiere enfeudar la Iglesia a un partido político.

Se equivocan acerca de la fraternidad humana, que fundamentan en los intereses comunes. La doctrina católica la fundamenta en el amor a Dios.

Se equivocan acerca de la dignidad humana. Serán verdaderamente hombres cuando no necesiten a un guía y obedezcan sólo a sí mismos, cumpliendo su deber sin desviarse por las mayores responsabilidades. ¿Es esto posible, si no cambia la naturaleza humana? ¿Acaso pretendían esta dignidad los Santos?

Pero además estas teorías intentan vivirlas.

Por todo esto «debemos declarar que así por la conducta como por la doctrina, *Le Sillon* no satisface a la Iglesia».

Y viene el final emocionante. Dice a los Obispos de Francia: «Vosotros, Venerables Hermanos, proseguid activamente la obra del Salvador de los hombres con la

imitación de su mansedumbre y de su energía. Inclinaos a todas las miserias, ningún dolor escape a vuestra solitud pastoral, ninguna queja os halle indiferentes. Pero predicad también denodadamente a grandes y pequeños sus deberes; a vosotros toca formar la conciencia del pueblo y de los poderes públicos. *La cuestión social estará muy cerca de su solución cuando unos y otros, menos exigentes en sus derechos, cumplan exactamente sus deberes*». Que escojan algunos sacerdotes doctos y bien formados para ponerlos al frente de las obras de acción católica, a los que exhorta a que no se dejen desviar por una falsa democracia.

A los jefes de *Le Sillon* dice: «Volviéndonos ahora, pues, a los jefes de *Le Sillon*, con la confianza de un padre que habla a sus hijos, les pedimos por su bien, por el de la Iglesia y de Francia, que os cedan su puesto. Nos medimos ciertamente la extensión del sacrificio que de ellos solicitamos, pero sabemos que son bastante generosos para realizarlo, y de antemano, en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, de quien somos el representante indigno, les damos Nuestra bendición». Quiere que continúen trabajando, pero agrupados por diócesis y bajo la inspección de los obispos y que tomen el nombre de *Sillon* católico y sus miembros sillonistas católicos. Contra los que no se sometan y continúen en sus errores se procederá con prudencia, pero con firmeza. Los sacerdotes estarán totalmente apartados de los grupos disidentes; en cuanto a los grupos católicos, aunque los favorecerán y secundarán, no se agregarán a ellos.

«Tales son las providencias prácticas con que hemos creído necesario sancionar esta Carta acerca de *Le Sillon* y de los sillonistas. Que el Señor se digne, como se lo rogamos del fondo del alma, hacer entender a esos hombres y a esos jóvenes las graves razones que la han dictado, que les dé docilidad de corazón con el valor de probar a la faz de la Iglesia la sinceridad de su fervor católico; y a vosotros, Venerables Hermanos, que El os dé a sentir para con ellos, pues son en adelante vuestros, los afectos de un corazón verdaderamente paternal.

Los sillonistas se sometieron. La agrupación por diócesis desarticuló toda su fuerza, pero seguramente sería posible hallar en algunas zonas de los católicos franceses, todavía, algunas reminiscencias de las antiguas concepciones sillonistas.

DOMINGO SANMARTÍ FONT

## DE COMO PIO X SIRVIO UN BUEN CAFE A PIO XI

Una mañana de invierno, antes de nacer el día, un joven sacerdote llamó a la puerta del obispado de Mantua. Nadie respondía. Como estaba la puerta abierta, monseñor se decidió a entrar. Dando vueltas por aquí y allí, y repitiendo a cada momento: «Con permiso, ¿se puede?», llegó a una sala, encontrándose, de pronto, inopinadamente, con el obispo en persona. Hubo excusas y justificaciones por una y otra parte.

El sacerdote había llegado a propósito de ciertas gestiones que había de hacer en el Archivo y en la Biblioteca de Mantua.

El obispo le preguntó:

— ¿Habéis celebrado la Misa? — Y, siendo la respuesta afirmativa, añadió: — Entonces, tomaremos juntos el café.

Llama a Rosa, a Ana y a María, sin obtener respuesta. Excusándose por estar solo a aquella hora, debido a que sus hermanas estaban, sin duda, en la iglesia, el obispo descendió a la cocina, acompañando a su visitante. Encendió el fuego, preparó el café y allí se sentaron, juntos, a tomarlo.

Más que impresionado por aquel singular amanecer en la cocina, el joven monseñor estaba influenciado por la fisonomía, severa y dulce, al mismo tiempo, de su anfitrión. Aquel obispo le hablaba con una sencillez y una dulzura que llegaban al corazón. La conversación duró largo rato, olvidando el lugar y el motivo de la visita. ¡Tienen tanta que decirse dos espíritus profundamente religiosos y cultos!

El obispo tomaba afecto e interés hacia aquel joven monseñor, ansioso de saber y de aprender. A buen seguro, ni en aquel momento, ni mucho después, ni el uno ni el otro hubieran sospechado que llegarían a ser un día Pio X el primero y Pio XI el segundo.

(De la obra «*Pio X y su tiempo*», de Ferruccio Carli).



# Pío X y las Uniones Profesionales

León XIII, en la *Rerum novarum*, había salido en defensa y elogio de las uniones profesionales obreras, fueran puras, de solos obreros, fueran mixtas, de obreros y patronos.

Y si pujante fué y fecundo el movimiento iniciado en general entre los católicos hacia el pueblo, como fruto de aquella magnífica Encíclica, natural que surgiera también fervorosa y entusiasta una corriente de actividades y energías, de talentos y virtudes, en pro de la organización profesional de las clases proletarias.

Pero si ya en los últimos tiempos de León XIII se iniciaron entre los católicos sociales algunas inquietadoras discrepancias y apuntaron acá y allá diversas y aun contrarias tendencias — *La Graves de comuni* es buena prueba de ello —; en el reinado de Pío X aparecieron más todavía a la superficie las disensiones y se agriaron y distanciaron más los ánimos.

Aun antes, cuando era el Cardenal Sarto, tuvo que levantar su autorizada voz de Patriarca de Venecia contra el joven sacerdote Murri, promovedor ferviente, impetuoso y alocado de las «Ligas Democráticas» independientes de la autoridad de la Iglesia, y uno de los más principales corifeos del modernismo social, que con tanta energía y eficacia debía condenar después, como Papa, desde la Cátedra de Pedro.

Apenas subido al solio pontificio, Pío X escribió su célebre *Motu Proprio* el 18 de diciembre de 1903, en que recordaba las sabias enseñanzas del pontificado de León XIII en materia social, con el fin de que, recordadas y de nuevo recomendadas e impuestas, sirvieran de lazo de unión entre los desavenidos.

Unión que se hacía en la práctica muy difícil por la diversa manera de apreciar y enfocar el problema social católico unos y otros:

Unos, espíritus acaso más positivistas, mirando con temor la pujanza creciente y arrolladora del socialismo y previendo su victoria a base del número organizado profesionalmente, querían para sus sindicatos el número antes que la calidad, y la organización primero que el espíritu.

Otros, en cambio, espíritus acaso más elevados, temiendo menos al socialismo y confiando más en las fuerzas vitales del catolicismo, preferían para sus sindicatos la calidad al número, y el espíritu a la organización, muy lejos con todo de despreciar ni la organización ni el número.

Hay que distinguir, se decía por entonces, entre asociaciones u organizaciones obreras económicas, profesionales y religiosas, en lo cual todos convenían; pero en la práctica parecían algunos querer relegar lo religioso a las últimas solas, dejando a las restantes encerradas en los límites de lo puramente económico y material, con la consiguiente independencia de la autoridad eclesiástica.

\* \* \*

El Papa reprobó esta errada tendencia práctica y esta concepción falsa y funesta de la acción profesional en relación con lo religioso, como se ve por las claras y enérgicas instrucciones que dió en su carta del 20 de enero de 1907 a la «Unión Económica Social» de Italia. Suyas son estas palabras:

«La cual (vuestra obra) aunque encaminada al bien temporal no ha de encerrarse en el estrecho círculo de los intereses económicos...»

«Tendréis constantemente por el mayor de vuestros cuidados imprimir el sello cristiano en todo el movimiento que dirigís...»

«Haciéndolo así... velando por sus intereses materiales, ampararéis singularmente los intereses de sus almas.»

«Así y no de otro modo podréis oponeros eficazmente a los progresos del socialismo.»

Aplica y concreta luego esta doctrina a las Uniones profesionales:

«Cuidad, pues, de que todos los socios reciban en ella la preparación conveniente...; que personas idóneas los instruyan en las enseñanzas de la Iglesia y documentos pontificios que más especialmente se refieren a las cuestiones del trabajo...»

«...los obreros preparados del modo dicho no sólo serán miembros útiles de la Unión profesional, sino además cooperadores de suyo en propagar y defender la práctica de las doctrinas cristianas... en lo demás, cuidado vuestro será sacar provecho de perfeccionamiento moral, no solamente de esta forma particular de asociación, sino también de las demás que parezcan ser de naturaleza únicamente económica, procurando que sobre su fin inmediato se levanten a intentos más sublimes de educación y cultura.»

Entre tanto los sindicatos socialistas se iban engrosando y fortaleciendo de día en día, y la «Unión Económica Social» pensó en modificar sus Estatutos de modo que, con una base confesional más amplia para sus uniones profesionales, y dejando en ellas como en la penumbra su carácter de católicas, viera también a su vez engrosadas y fortalecidas sus huestes proletarias y aun pudieran aspirar a una representación política en los organismos estatales.

El Papa dió esta respuesta:

«Aunque estamos íntimamente persuadidos de los excelentes sentimientos que animan a los egregios señores encargados de esta modificación, todavía es absolutamente imposible aceptarla y menos aún aprobarla. En efecto, fuera de que las razones alegadas en el memorial nos convencen de que no podrá obtenerse el fin a que se aspira, que es hacer el Estatuto aceptable a los católicos descontentadizos e inciertos y lograr que la Federación esté representada en o ante el Gobierno, no es leal ni decoroso el simular, cubriendo con una bandera equívoca, la profesión de catolicismo, cual si fuera mercancía averiada y de contrabando.

«Además, con la idea de justicia cristiana harto amplia y peligrosa, no es posible saber hasta qué punto se podría llegar en razón del espíritu de las Ligas que se adhieren y consiguientemente de las personas que pudieran ser elegidas para la dirección.

«Despliegue, por tanto, animosa la Unión Económica Social su bandera católica y manténgase firme en el Estatuto aprobado desde el 20 de marzo próximo pasado»

\* \* \*

Otro conflicto, y por cierto muy grave, se había originado entre los católicos sociales, no ya de Italia, sino de Alemania, que iba indiscutiblemente a la cabeza de las naciones todas en materia de organización profesional tanto católica como socialista:

Berlín tenía su centro y Colonia el suyo. La que llamaban «dirección» de Berlín organizaba sindicatos católicos francamente confesionales bajo la dirección paladina de la Iglesia. La «dirección» de Colonia agrupaba sindicatos cristianos interconfesionales, es decir integrados indistintamente por católicos y protestantes, con lo cual creían poder reunir mayor número de afiliados y hacer frente, con mayor probabilidad de éxito, a los sindicatos socialistas. Los de Berlín eran tenidos por los de Colonia por poco prácticos, eficientes y prudentes, y a su vez los de Colonia eran tenidos por la «dirección» de Berlín por peligrosos para la fe y poco honrosos para nuestra santa religión.

Los Obispos acudieron al Papa, y el Papa resolvió el angustioso conflicto publicando la Encíclica *Singulari quadam*, el 24 de septiembre de 1912.

De ella son estos párrafos:

«Ahora, en lo que atañe a las sociedades obreras, aunque su fin es procurar a los socios ventajas temporales, todavía se han de tener por las más dignas de

*aprobación y más conducentes a la verdadera y sólida utilidad de los socios las que ponen como principal fundamento la religión católica y siguen abiertamente la dirección de la Iglesia, conforme hemos declarado muchas veces según se ofrecía ocasión de parte de diferentes naciones.*

*»De donde se sigue que las asociaciones llamadas confesionales católicas han de fundarse y favorecerse con todo empeño sin género de duda en las regiones católicas y además de todas las restantes dondequiera que con ellas se crea posible atender a las varias necesidades de los socios.»*

\* \* \*

No habían pasado aún dos años, cuando el Papa insistía en su doctrina de la *Singulari quadam* hablando a los Cardenales en el Consistorio de 27 de mayo de 1914:

*«No ceséis nunca de repetir — les dijo — que si el Papa ama y aprueba las asociaciones católicas que miran al bien material, ha inculcado siempre que el bien moral y religioso ha de tener en ellas la primacía y que con el justo y loable intento de mejorar las condiciones del obrero y del campesino, ha de confederarse siempre el amor de la justicia y el uso de los medios legítimos para mantenerse la armonía y la paz entre las varias clases sociales.*

*»Decid claramente que las asociaciones mixtas, las alianzas con los no católicos para el bienestar material se permiten en ciertas y determinadas condiciones; pero que el Papa siente predilección por aquellas uniones de los fieles que, depuesto todo respeto humano, cerrados los oídos a la lisonja o amenaza contraria, se estrechan en torno de aquella bandera que cuanto más combatida tanto es más espléndida y gloriosa porque es la bandera de la Iglesia.»*

\* \* \*

Sin duda son éstas, sino todas, a lo menos las más principales orientaciones que nos dió aquel santo Pontífice en materia de acción y organización profesional católica.

Lástima grande que en España no supiéramos ver nuestras cuestiones sociales a la clara luz de tan autorizados documentos y que el espíritu de elevación y de firmeza, no menos que de comprensión, de prudencia y de paz que alentaba en ellos no hubiera penetrado bien adentro de nuestros corazones.

No hubiéramos entonces que prorrumpir en la misma lamentación que brotó un día ardiente y amarga de los labios del célebre dominico belga P. Rutten en una de las Semanas Sociales de Francia: *«¡Qué tiempo tan precioso hemos perdido discutiendo sobre si los sindicatos habían de ser puros o mixtos!»* Ni hubiéramos tenido que añadir a ésta otras lamentaciones parecidas.

Cierto que no se trataba aquí de sindicatos confesionales o interconfesionales, ni de un país mixto de católicos y protestantes. Cierto que nadie defendía aquí «Ligas democráticas» de ningún género al estilo de las italianas, con independencia de la moral y de la religión católicas. Estábamos en un país católico, aunque descatolizado en gran parte, sobre todo en su parte obrera.

Pero en el fondo el problema social nuestro podía cifrarse en aquella misma angustiosa pregunta:

Frente a los crecientes y angustiosos avances del socialismo, ¿hemos de preferir para nuestros sindicatos el número o la calidad, la fuerte organización profesional o la pureza y elevación del espíritu católico, la participación política gubernamental o la confianza en la Divina Providencia que rige los gobiernos y las naciones?

Aunque no se planteaba explícitamente en esta forma — claro está —, pero en el fondo éste era realmente el problema.

\* \* \*

Si unos y otros nos hubiéramos plena y sinceramente

conformado con el espíritu elevado y generoso, valiente y comprensivo a la vez de los documentos sociales de Pío X; si nos hubiéramos atendido todos con entera lealtad y práctico objetivismo, no a un párrafo u otro, no a una u otra frase de tal o cual buscado documento, sino a todo el conjunto de la doctrina pontificia y más a su espíritu que a su letra, no hubiéramos visto seguramente tan despreciados y combatidos los sindicatos católicos de la «Acción Social Popular» de Barcelona, que al decir de persona competente, en vísperas de nuestro desastre nacional, con los 70.000 afiliados a que hubiera seguramente ascendido, hubiera bastado ello solo para imposibilitar la pujanza arrolladora de las organizaciones ácratas que nos llevaron a aquel desastre; ni hubiéramos visto tan injustamente silenciados, abandonados, calumniados y sordamente perseguidos a los sindicatos católicos de la Confederación Nacional de Madrid, merecedores siquiera de católico respeto por sus rectas intenciones, sus altos ideales y sus abnegados y heroicos trabajos; ni hubiéramos visto declararse oficialmente aconfesionales en plena asamblea general a los Sindicatos Libres, con escándalo de aquellos otros Sindicatos Libres Cristianos de Bélgica, sus pretendidos colegas, confesionales por título, por sus Estatutos y sobre todo por su religiosidad y hasta piadosa actuación; ni nos hubiéramos espantado de que, en circunstancias o medios más difíciles o dudosos, se hubieran organizado — pocos o muchos — sindicatos no positivamente aconfesionales — absolutamente prohibidos en países católicos y para católicos — sino sindicatos puramente profesionales, pero en nada contrarios a la religión y moral, para captar a los mal dispuestos o asustadizos; ni se hubieran producido lamentables escisiones en el seno de los sindicatos confesionales o de derecha para correrse los disidentes a los sindicatos de centro, con peligro, que después resultó realidad, de llegar y bajar, siguiendo la comenzada pendiente, hasta los sindicatos socialistas o de izquierda.

Antes al contrario:

Como el Papa, hubiéramos secundado todos y preferido los sindicatos confesionales y hubiéramos tolerado, como el Papa los hubiera tolerado, en caso necesario, los sindicatos puramente profesionales, y todos a una, con las ideas del Papa en la mente y los sentimientos del Papa en el corazón, hubiéramos excusado caritativamente las faltas de nuestros sindicatos católicos, remediado sus deficiencias y reforzado sus debilidades.

Todos, siguiendo un mismo plan y trabajando en la misma dirección, hubiéramos colaborado fraternalmente en la misma obra de buscar adeptos seguros y valientes para los sindicatos y conquistar candidatos inseguros y asustadizos para los profesionales, a costa de la masa amorfa todavía inorganizada, y aun acaso de la propia organización socialista y particularmente de sus afiliados inconscientes o engañosamente sorprendidos.

Nuestro afán, nuestro ideal común, hubiera sido el apostolado obrero y también el patronal, sincera, total y abnegadamente sujeto a la Jerarquía, con el fin de mejorar a los buenos y convertir a los malos, aumentando así el número de posibles sindicalistas católicos: que por eso solía decir a este propósito un grande y malogrado organizador de uniones profesionales: *«Dadme sindicalistas católicos y os daré sindicatos católicos».*

De hecho Dios ha quitado hoy — acaso providencialmente — de nuestras manos la sindicación, pero ha puesto en ellas instrumentos aptísimos para el cultivo religioso del campo obrero y aun del patronal: Acción Católica, Obras de Ejercicios en completo retiro, Congregaciones Marianas, y otras semejantes; todos los podemos poner en juego para preparar muchos y buenos elementos que integren las organizaciones de hoy y acaso las nuestras de mañana.

No los desperdiciemos, no sea que tengamos que repetir, en día tal vez no lejano, al vernos impotentes y, quien sabe si de nuevo divididos, aquella triste lamentación: *«¡Qué tiempo tan precioso hemos perdido...!»*

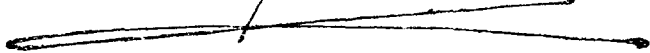
P. JUAN SOLER DE MORELL, S. J.

# PIUS

Los seis kilómetros separan la aldea de Riese de la villa de Castelfranco, en plena llanura veneta. País apacible y tranquilo, que corona al fondo la visión de los Alpes, y cuyo declive conduce hasta la Reina del Adriático. ♦ Un siglo atrás, estos kilómetros eran recorridos diariamente, por el pequeño "Bepi"—nacido en Riese el 2 de junio de 1831—camino de la escuela, el cual, al perder de vista la pobre casita paterna, se descalzaba a hurtadillas para ahorrar el calzado. ¿Qué importaba, en efecto, este pequeño sacrificio, al lado del que hacían sus padres, para que pudiese realizar su sueño, la carrera sacerdotal? ♦ Y, años después, en la mañana del 18 de septiembre de 1858, hubiera podido verse como toda su familia gozosa, se dirigía, siempre a pie, y por el mismo camino, a la Arciprestal de Castelfranco, para la Ordenación del nuevo Sacerdote, Don José Sarto. ♦ Fué destinado éste, como Vicario, a Tómbolo, provincia de Padua. Ocho años de ministerio sacerdotal, el más humilde delante de los hombres, el más alto en el acatamiento de Dios. Administración de Sacramentos, caridad, catecismo para los hijos del pueblo. ♦ De Tómbolo, que le recordó siempre, la Providencia le llevó en calidad de Párroco-Arcipreste a Salzano. Dios quería que aquel que debía ser su Vicario, se santificase en el oficio de Cura de aldea, y que su sotana raída por la pobreza originada por su ardiente caridad, preludiasse aquella otra futura sotana blanca que se eleva más alta que la púrpura cardenalicia. ♦ Casi otros tantos años, y la obediencia a su Obispo, el ejemplar Monseñor Zinelli, lo transformó en canónigo—28 de noviembre de 1875—de la catedral de Treviso, ciudad que fué testimonio, como las aldeas precitadas de su celo y caridad. ♦ Casi por sorpresa fué nombrado Obispo de Mantua, y consagrado en Roma por el Cardenal Parrocchi. Su episcopado fué celoso y ejemplar. ♦ En 7 de junio de 1892 fué recibido por León XIII, quien, con muestras de singular cariño, le elevó al cardenalato y lo promovió Cardenal Patriarca de Venecia. ♦ La primera visita, al regresar a su país natal, del nuevo Patriarca, el Eminentísimo Cardenal Sarto, fué para su madre, quien, a los pocos días, espiraba, pobre, y santamente. ♦ Desaparecido León XIII, reúnese en Cónclave el Sacro Colegio, e impedida—por obra humana conducida por la Providencia—la elección del virtuoso Cardenal Rampolla, he aquí que el humilde Cardenal Sarto atrae, involuntariamente—con propio y auténtico espanto—según atestigua el Cardenal Gibbons «por aquella humildad suya, por su sentimiento de indignidad, su esfuerzo de rechazar a toda costa tanto honor», los votos de todos admirados «ante aquella alma evangélica». ♦ Quiso llamarse Pío, «para llevar así el nombre de los que más han sufrido». Era el 4 de agosto de 1903. ♦ Mas la Providencia le depa-raba un colaborador, digno de él. Un discípulo, santo y afectuoso, que había de ayudarle a llevar su cruz: el Eminentísimo Cardenal Merry del Val, aristócrata de espíritu y de sangre, de santa memoria dentro de la Iglesia, y aún de ilustre recuerdo fuera de ella entre los hombres de buena voluntad, y también en nuestra Patria, en España, de la que era Grande. Pontífice y Cardenal Secretario emprendieron, con espíritu sobrenatural, la «restauración de todas las cosas en Cristo» y la continuación, con mayor ímpetu si cabe, de la «renovación de la Ciudad Santa» de que hablábamos al hacerlo del otro Pío, Papa IX. ♦ La labor magistral del décimo de este nombre, no desmereció de la de su inmortal antecesor, el sabio León XIII. Se inicia casi en 20 de enero de 1904 con la valentísima Constitución «Commissum nobis» aboliendo el veto del Emperador austríaco, en defensa de la santa libertad de los Cónclaves, y culmina, en sus diversas Encíclicas y Documentos, de las que citaremos el «Motu Proprio» sobre la codificación del Derecho Canónico, la «Acerbo nimis» (15-4-05) sobre el Catecismo, «Il fermo proposito» (11-6-05) sobre Acción Católica, «Vehementer Nos» (11-2-06) sobre la persecución de Francia, «Pieni l'animo» sobre reforma del clero, «Gravissimi» (10-8-06) sobre las asociaciones francesas, «Une fois encore» (8-2-07) relativa a la situación francesa y la más trascendental: «Pascendi» (8-9-07) contra el modernismo (con el Decreto «Lamentabili»), etc. ♦ Más no es esta labor magistral, ni tantos otros motivos de admiración lo que ha quedado grabado en el recuerdo del pueblo fiel. La figura del 259 Vicario de Cristo ha quedado «popularizada» como visión de un seráfico Párroco de blanca sotana que distribuye el Pan de los Angeles a los niños. ♦ «Dejad que los niños se acerquen a Mí». Es el Papa de la Comunión frecuente, de la Eucaristía (Decretos «De quotidiana» (20-12-05), «Romana et aliarum» (15-9-06), «Quan singulari» (8-8-11), sobre la comunión frecuente y de los niños). ♦ Al igual que su Divino Maestro, amó a los suyos hasta el fin, y, al igual que El, sufría con los sufrimientos de la turba. ♦ Durante su Pontificado, «Europa, enloquecida, perdió la cabeza». ♦ Un asesinato, allá en la lejana Bosnia, es chispa que enciende el Mundo. Es el trágico agosto de 1914. ♦ El Padre común y amantísimo debe contemplar como sus hijos siguen el surco abierto por Caín. ♦ Aquel gran corazón de padre auténtico, no pudo resistir el dolor moral de la catástrofe: rindió su alma a su Amor en la madrugada del 20 de agosto de 1914. En las grutas vaticanas, su sepulcro, que tiene a su vera el de su fidelísimo Secretario Monseñor Merry del Val, es, desde entonces, el refugio, el lugar predilecto de los que sufren, de los que lloran y de los que rezan.



*Pius P.P. XI*



# PIO X Y EL "MOTU PROPRIO" SOBRE LA MUSICA SAGRADA

Desde que sonaron en nuestros valles aquellas divinas palabras «Apacienta mis ovejas», formóse alrededor del supremo Pastor un místico rebaño, que recibe sin cesar abundantes pastos y recrea los oídos divinos con sus balidos incesantes. El buen Pastor conoce la voz de sus ovejas, y éstas conocen también la del buen Pastor, porque saben que quien oye al Papa oye a Cristo. Por esto el cristianismo de verdad escucha al Papa lo mismo cuando pronuncia la forma del Sacramento que da la vida alma, que cuando legisla sobre las más variadas materias: es siempre la voz del Pastor, y la oveja, oyéndola, está segura de no extraviarse. Un día el Papa Pío X se sintió el Papa de la música, y aquel corazón de artista empuñó la batuta de director; vióse sucesor de aquellos Pontífices, que reiteradamente se habían esforzado en armonizar los acentos del coro de fieles, corrigiendo disonancias y sugiriendo nuevas fórmulas. Y considerando la volubilidad de gustos y de teorías artísticas, que, como blanco mar de ovejas, se mueven sin cesar en busca de nuevos y desconocidos pastos, juzgó llegado el tiempo de codificar de un modo estable y concreto toda actuación musical en nuestros templos. Y erguido en el autorizadísimo atril del Vaticano, manejó a manera de batuta su báculo pastoral, y como en sublime bendición, marcó un compás firme y certero, con que quedaron conjuradas las voces todas de aquel inmenso concierto; y las ovejas más cercanas y prudentes, lo mismo que las más atrevidas, que asomaban, a riesgo de perderse, por las más lejanas cumbres, se redujeron otra vez al único redil del único Pastor; hermanándose como por encanto, las más puras melodías gregorianas, con las formas consagradas de la Polifonía clásica y con los más recientes descubrimientos del mundo musical. Nadie quedó excluido del redil, sólo que en él se exige orden y obediencia.

En el documento pontificio, que hoy estudiamos, brilla en gran manera la sabia prudencia de la Iglesia, que no coacta sino lo desordenado y alienta para todo avance intelectual: por esto, después de proponer como modelo el canto gregoriano y la polifonía de la edad de oro, afirma Pío X que se admiten en el templo todas las adquisiciones nuevas de verdadero arte. Tratándose de las solemnidades, que se celebran en la casa de Dios, no es raro que exija un ceremonial: puede uno presentarse con los más variados rasgos de fisonomía y carácter, con tal que se guarde la etiqueta. En este sentido el «Motu Proprio» de Pío X sobre música sagrada es un monumento de sabiduría estético-musical, por la profundidad de sus principios y por la precisión y lógica de sus conceptos. El no ha innovado nada: sólo ha recordado lo anteriormente establecido, confirmándolo y fundamentándolo. Hasta el presente, el director se había contentado llamando al orden con ligeros golpes de batuta; ahora se ha oído un fuerte batutazo que ha paralizado en seco la orquesta. A un famoso maestro que sugestionaba a sus músicos, se le conjuraron éstos un día, y, después de obedecerle en los ensayos sobre la manera de interpretar un pasaje, se pusieron de acuerdo para desobedecerle el día del concierto tocándolo de una manera diversa. Llegó en efecto dicho pasaje, y los músicos, a pesar suyo, se vieron obligados a ejecutarlo tal como quería el director.

Algo semejante tiene que suceder ahora; y no por fuerza de sugestión, sino por obediencia sobrenatural. Por tal motivo Pío X no dudó en ordenar taxativamente reformas radicales, que contradecían inveteradas costumbres y atacaban intereses personales; pero como dice él mismo, en cartas y comentarios, todo lo ha de vencer la voluntad de los pueblos y la sumisión de los súbditos. Este documento pontificio no fué resultado de un momento de arte vívido aisladamente por el Pontífice, sino fruto de largas experiencias realizadas por su gran temperamento musical: la naturaleza y la gracia se juntaron aquí para

producir el milagro de reducir a leyes lo que apenas tiene ley y de sujetar fuertemente un arte tan impalpable y fugaz como la música. Sólo el amor podía sujetar al amor, y Pío X es el Papa del amor, porque es el Papa de la Eucaristía: sacramento del amor; y el Papa de la música: lenguaje del amor; este Papa que es el «*Ignis ardens*» era el destinado para encender la llama musical sagrada, de manera que iluminase hasta los más lejanos confines de la inspiración y hasta los más profundos secretos de la técnica.

A tales enseñanzas despertó la conciencia artística de los músicos sagrados, y de la S. Congregación de Ritos, declaró el «Motu Proprio» ley universal de la Iglesia, ya que se trata de algo importantísimo en nuestra vida espiritual. Porque la música sagrada es compañera inseparable del divino texto, y por lo mismo exige de ella el Papa: santidad, bondad de forma y universalidad. Estas tres condiciones son las que iluminan la gestión y solventan el problema. Hablemos un poco de cada una de ellas. La santidad excluye todo lo profano, y esto en lo único que podría decirse en general, tratándose de un arte tan sutil y vaporoso como la música. En efecto, ella actúa sobre nosotros mediante sensaciones auditivas, que despiertan, a su vez, imágenes sonoras las cuales, maravillosamente encadenadas con todos los demás factores de nuestra imaginación, suscitan mil sensaciones y afectos y se apoderan inmediatamente de todo nuestro ser; parece, aunque en realidad no es así, como si la música fuese directamente a la voluntad, sin pasar por el entendimiento: tal es de rápido y escondido su camino; es, pues, un medio eficazísimo para mover nuestros afectos; de ahí precisamente su peligro.

Por una parte podría parecer que no hay música inmoral, ya que no habla directamente al entendimiento y la voluntad; y por otra, una sola nota puede desencadenar en nosotros toda una tempestad de pasiones; así se comprende lo delicadamente que debe tratarse dicho arte puesto al servicio del culto. Una ligera reminiscencia teatral puede hacernos vivir un momento, que esté muy lejos de encuadrar el templo. Por esto, el elemento santidad en la música sagrada lo explica el «Motu Proprio» exigiendo la ausencia de todo lo profano, con lo cual quedan excluidos del templo todo tema, todo procedimiento y todo giro perteneciente a la producción sinfónica y teatral. Claro está que dicha operación estará siempre en función de la mayor o menor cultura musical del individuo. Para un analfabeto será necesario una danza bien marcada a fin de que perciba lo profano en la música; pero si se trata de un profesional, bastará una sucesión de dos acordes para sugerirle todo un ambiente de ópera. Así la sabia disposición pontificia se ha contentado con señalar los dos extremos de la carrera: por una parte el supremo modelo, o sea el canto gregoriano, y por otra el campo vedado, que son todas las reminiscencias profanas.

Entre estos dos límites, deja la Iglesia libre nuestra actividad artística; no exige el Supremo Pastor una monótona inmovilidad de sus ovejas, antes deja que corran a saborear los ricos pastos de las más amenas regiones; sólo advierte vigilante a las que, demasiado atrevidas, rozan ya los límites del campo ajeno, y entonces, si es menester —no de otro modo los pastores lanzan sus perros veloces, rápidos ordenadores del rebaño—, lanza también la Iglesia sus amenazas, declarando toda la gravedad de la obligación, ya que se trata de cosas tan importantes, según la misma Iglesia, para el servicio de Dios. Sin descender a más disquisiciones, aquel, por ejemplo, que deliberadamente no quisiese cumplir nada de lo prescrito en el «Motu Proprio» pecaría gravemente.

Desde que salieron tan sabias disposiciones, ha evolucionado notablemente la actividad musical del culto, ca-



yendo en la cuenta, superiores y súbditos, de que la música sagrada no es un elemento de lujo y casi de recreo, sino la compañera inseparable del texto sagrado, a quien debe imitar en todo su porte, humillándose cuando él se humilla, rogando cuando ruega, y amando y alegrándose cuando él ama y se alegra. De ahí nace también la segunda cualidad que se le exige, a saber, la bondad de la forma; porque si el texto es de inspiración divina muchas veces, y siempre fruto de intensísima piedad, la música debe ser, por lo menos, de auténtica inspiración humana, esto es, debe ser arte verdadero y no el desecho de los malos compositores; de lo contrario, es indigno de su augusto compañero.

Digamos aquí, de paso, que todo esto supone siempre un texto digno; de lo contrario, cae por tierra nuestra argumentación, desgraciadamente se hecha de menos, como decía sutilmente un pensador, otro Motu Proprio para la letra.

La tercera condición exigida es la universalidad, pues universal es también el lenguaje eclesiástico. Y precisamente por ser la música, en otro sentido, una lengua también universal, la única que escapó de la maldición

de Babel, era menester legislar muy severamente sobre ella, por lo mismo que aquellas reminiscencias profanas de que hablábamos, pueden ser fácilmente conocidas por todos los pueblos. La universalidad, pues, en nuestro caso debe consistir en que, permitiéndose a cada pueblo el uso de sus formas musicales peculiares, no se admita, sin embargo, en ellas nada que pueda causar mala impresión a oídos extranjeros.

Aplicando luego estos principios básicos a la interpretación de las obras, y legislando sobre los diversos instrumentos, descende el Papa hasta reglamentar los más ínfimos detalles de la educación musical litúrgica.

Los resultados prácticos de la famosa campaña iniciada en aquel glorioso pontificado, los comenzamos a experimentar en nuestros días de un modo estable. Quiera Dios que tras el penoso y duradero ensayo comenzado por aquel *Ignis ardens*, suene por fin el ansia armónica, sino de la paz universal, al menos de todos los corazones fieles que, con sus concordes voluntades, consuelen a nuestro *Pastor Angélicus*, alma también musical, de las terribles e interminables disonancias bélicas.

P. ANTONIO MASSANA, S. J.

## ASPECTO CATOLICO DE SAN CLEMENTE ROMANO

Después de los Apóstoles, la figura que emerge con más diafanidad en el primer siglo, es la del Papa San Clemente, el autor de una carta a los Corintios que tanta importancia tendrá en la Iglesia, pues en ella sienta la base jurídica del primado de una manera práctica. Alrededor de este pontífice hay una estela de luz y de leyenda. Después de su muerte, su personalidad va creciendo enormemente. Es un auténtico prestigio de la Iglesia. Este prestigio lo tuvo en gran parte por la función pontifical que ejerció con gran dignidad y la clarividencia en solucionar cuestiones árdidas como la que motivó la Prima Clementis.

Pocas cosas sabemos de su vida. La leyenda piadosa la ha completado con pasos ejemplares. Sí, que sabemos por un gran testimonio, el de San Ireneo que fué discípulo de la mejor escuela, de San Pedro y San Pablo. Desde Orígenes, ha habido no poca confusión al querer considerar idénticos a San Clemente Romano y al Clemente de la carta de San Pablo a los Filipenses. Las pseudoclementinas lo han imaginado de familia noble y senatorial, emparentado a los Flavios. Algunos han pretendido identificarlo con el Cónsul Tito Flavio Clemente, primo de Domiciano a quien este emperador mandó matar por su «ateísmo», es decir, por su cristianismo. No parece esto exacto, pues no resulta verosímil el silencio que todos los padres de la Iglesia han guardado a este sujeto. Eusebio y Orígenes lo magnifican tanto que le asignan la redacción de la carta a los Hebreos. Otros, en un plano más modesto, le atribuyen la traducción de esta carta al arameo. Tillemont cree que es de origen judaico. Parece ser que fué liberto o hijo de un liberto y que pertenecía a la Casa del Cónsul Flavio Clemente, de donde nació la confusión de identificarlo con su familia.

Fué obispo de Roma y se cree que murió de muerte natural. Aun cuando no pocos escritores de la antigüedad y modernos opinan que fué martirizado.

La gran importancia para la cristiandad es saber que Clemente Romano es autor de la Prima Clementis o Carta a la Iglesia de Corinto. Escrita esta Carta en un griego sencillo y claro fué publicada por vez primera, en el texto original, por Junius, bibliotecario del rey de Inglaterra en Oxford, en 1633. Esta edición es algún tanto deficiente por cuanto Junius *suplió* algunas páginas que faltan en el código Alexandrinus que la contiene. La segunda a los Corintios y las dos cartas a las Vírgenes, muy bellas por cierto, no le pertenecen y son posteriores.

El metropolitano Bryennios que había publicado la Didaché, la publicó íntegramente aprovechando el código Herosolymitanus guardado en la Biblioteca de Jerusalén, en 1875. Se conservan de esta carta diversas versiones muy antiguas como la Siriaca que está en el volumen del Pestrilo del Nuevo Testamento (Cambridge) y dos copias. Dom Morin encontró en la Biblioteca del Seminario de Namur una versión latina del latín popular de la Itala que pertenece probablemente al siglo II; ciertamente es anterior al IV.

La epístola no lleva inscrito ningún nombre de autor. Es la Iglesia de Roma que la envía a la Iglesia de Corinto en aquella época dividida interiormente. Hay una unanimidad absoluta de criterio en atribuirle desde la más remota antigüedad a San Clemente hasta nuestros días. Tishendorf y Lightfoot estudiaron detalladamente el código Alexandrinus que la contiene y que presenta en el folio X una interrupción.

La fecha exacta de la composición de este precioso documento de la cristiandad no puede darse. Se sabe con

todo que fué escrita en tiempo de persecución, pero se ignora cuál sea. Parece indiscutible que se escribió en tiempos de Nerón o Domiciano. Se cree que fué en la época de Domiciano por cuanto se habla de la larga duración de las dos iglesias, la de Roma y la de Corinto. El pontificado de Clemente se coloca entre el año 92 al 101. Como quiera que la persecución de Domiciano terminó en el 96, es probable que San Clemente escribiera a los Corintios entre los años 95 al 100. Antes de la destrucción de Jerusalén, San Policarpo ha conocido esta carta y la imita en varios pasajes de la suya a los Filipenses. San Ireneo, que la conocía, decía de ella que era una carta muy fuerte. Eusebio la llama grande y admirable. Hegesipo, según nos cuenta Eusebio en su *Historia Eclesiástica* (iv-22), la atribuía a San Clemente. Es el primer documento pontifical de gran envergadura que la Iglesia de Roma, ejerciendo el primado, envía a otra Iglesia, sentando así prácticamente la base jurídica de la independencia y del Primado de la Iglesia romana. Objeto de esta carta: Había una división y luchas interiores en la Iglesia de Corinto. Algunos presbíteros habían sido destituidos no se sabe por qué razones por los jóvenes ambiciosos y vanidosos. Tal vez se agitaba en su seno la famosa controversia sobre los muertos que San Pablo nos explica en la I Corint. 15. La Iglesia de Roma intervino para poner la paz, espontáneamente, y exhortarles a la concordia.

Mandó a dos emisarios con la carta. Consta de un proemio en que se expone el estado espléndido en otros tiempos de esta cristiandad y el actual, triste y desgraciado y dos partes. Antes estaban adornados de virtudes y ahora se desprecian los preceptos del Señor y se camina según las concupiscencias. La envidia es causa de tantos males. De la envidia y celos de los antiguos y de los presentes han nacido tantos males. Los exhorta a hacer penitencias, a la obediencia, a la fe y a la humildad probándoles su necesidad con ejemplos bíblicos del Antiguo Testamento. Que los corintios obedezcan más a Dios que a los fautores de la sedición y que se unan a los que sirven de veras a la paz y no a los que la simulan. Cristo está con los humildes y no con los soberbios. Pone el ejemplo de Abraham y otros padres. Dios hizo la naturaleza universal en paz y armonía. Procuren los hombres que estos beneficios de Dios no se conviertan en condenación. Que hagan la voluntad de Dios en todo, puesto que El analiza el pensamiento y lo ve todo. Saber pedir la fe que Cristo nos hace pedir al Espíritu Santo para que busquemos el bien y la paz. Dios es benigno si nos acercamos con temor y corazón simple. Demuestra la futura resurrección que está anunciada por el Espíritu Santo. Creamos lo que el Señor dice, que no miente y ejecuta los decretos y temamos al que no podremos escapar. Acerquémonos a El en santidad de corazón y hagamos lo que le guste para conseguir su bendición como la obtuvieron Abraham y otros padres. No merecemos los dones de Dios ni somos justificados por nuestras obras, sino por la fe. Con todo debemos hacer buenas obras y Dios nos las recompensará. Dios nos ha permitido grandes y admirables cosas y nos ha dado a Jesucristo como Patrono y Ayudante.

En la segunda parte (cap. 37-61) demuestra cómo unos miembros deben mandar y otros obedecer en la Iglesia. Todos deben obedecer a la Cabeza. Que cada uno ocupe su lugar y guarde el orden que le ha sido señalado en la Iglesia. Todos no pueden hacerlo todo. Dios envió a Cristo, Cristo constituyó a los apóstoles, los apóstoles constituyeron obispos y diáconos para que presidieran la

Iglesia de Dios. Dios proveyó de sacerdotes y de apóstoles a la Iglesia para que no faltara el orden en la Iglesia. Que los que han depuesto y perseguido a los obispos que legítimamente presidían la Iglesia de Dios, no son justos, sino malos. Que no hay que seguirlos. Los corintios deben dejar la sedición y volver a la caridad que lo puede todo. Los disidentes deben confesar su pecado y estar dispuestos a sufrir cualquiera cosa antes que turbar la paz de la Iglesia. Los demás que oren por ellos para que se dobleguen a la voluntad de Dios y los sediciosos se sometan a los presbíteros. Si así lo hacen, se salvarán, de otra suerte, no. Que Dios conserve a los fieles, los salve y todas las gentes vengan a la unidad de la fe. Paz y concordia para los príncipes.

En el epílogo insiste que los disidentes vuelvan a la unidad y a la paz y acojan caritativamente a los emisarios y así puedan alegrarse con los hermanos de Roma. La carta consiguió su objetivo según Eusebio. Esta carta es un documento pastoral y modélico, de altísima calidad. Hasta el siglo iv estuvo muy en boga. Después cayó en olvido paulatinamente, hasta que fué descubierta en el códice Alexandrinus del British Museum en 1825 y en el Herosolymitanus, de Jerusalén.

Contenido dogmático: Esta obra no es una exposición dogmática, propiamente dicha. Es más bien una obra práctica, apostólica, pero basada esencialmente en el dogma. Recuerda los misterios de la fe, la unidad y trinidad de Dios; la infinitud. La Creación, la Redención, la Gracia, la Iglesia. Recuerda la obligación de la obediencia porque lo quiere Dios. Por su contenido se deduce claramente lo que profesaban los cristianos del primer siglo. Lo que lo distingue de otros escritores es que recurre a menudo al Antiguo Testamento. Ussher ha deducido de ello su origen judaico.

Dios es Padre bondadoso que distribuye sus dones. Cree que los justos irán después de su muerte al lugar santo y que los cuerpos resucitarán al último día.

Es muy interesante también el carácter trinitario que presenta esta carta. Dios vive, Jesucristo Nuestro Señor, también, y el Espíritu Santo. En otros pasajes aparece todavía más claro. Aunque no habla explícitamente de las relaciones íntimas de Dios, habla de la generación del Hijo y se deduce la procesión del Espíritu Santo al venir después del Hijo. Se afirma sin embajes la divinidad de Jesucristo y su humanidad por cuanto viene según la carne, de Abraham. Reconoce la unidad de persona en Jesucristo y nos presenta a Jesucristo modelo de todas las virtudes, sobre todo de la caridad que canta como nadie después de San Pablo. Jesucristo muere por nosotros realizando el gran sacrificio de reconciliación, siendo el pontífice que se compadece de nuestras miserias. La Resurrección de Cristo es el punto de mira esencial para el Cristianismo. Jesús es glorificado y juzgará al mundo al fin de los siglos. La sangre de Jesucristo sirve para lavarnos y la justificación es también fruto de las buenas obras y de la fe. La gracia la tenemos por voluntad de Dios. Enumera las virtudes: la fe, la esperanza que está contenida implícitamente en la fe y la caridad. La fe es el principio de justificación, pero la fe sin obras es muerta. Si Abraham ha sido bendecido es que ha realizado obras en justicia y verdad. Se nota la influencia de San Pablo y de Santiago. El hombre para salvarse necesita la gracia que es la acción sobrenatural de Dios en nuestras almas. Sin ella no podemos salvarnos. La gracia nos antecede, acompaña y sigue en las diversas fases de nuestra justificación. Ella no es debida. Es necesaria y gra-

tuita. Dios no la niega hasta fuera de Israel ni la niega a quien la pide humildemente y no la desprecia. Desde el comienzo del mundo se ha necesitado la gracia para salvarse.

Describe los caracteres sociales de la Iglesia, unidad, visibilidad, indestructibilidad, necesidad para salvarse. La gran novedad de esta maravillosa carta es la defensa de la Institución divina de la Jerarquía y del Primado de San Pedro. En la Iglesia se halla el clero y los laicos. Cristo ha instituido a los apóstoles, los apóstoles han señalado los sucesores con objeto de poder perpetuar la Iglesia. San Clemente distingue los obispos cuya misión es presentar los dones, los que han substituído a los sacerdotes antiguos y los diáconos, que son los encargados de las cosas exteriores y ministros del sacrificio. Hay que

estar sometido a los presbíteros, pues ellos son jefes y guías espirituales. Hay que honrarlos y no deponerlos como han hecho los de Corinto. No hay que tener envidias ni fomentar la división.

Bellísima es la plegaria que nos da en el c. LIX-LXI suplicando por los cristianos y príncipes.

Esta carta venerada atestigua en forma incontestable el primado de la Iglesia romana, pues en el siglo I, viviendo todavía San Juan, vemos la intervención del Juez Roma en una cuestión interna promovida en la Iglesia de Corinto y nos lleva la afirmación categórica por primera vez en la tradición patristica del origen divino de la Jerarquía. Además la síntesis dogmática que contiene y la forma de la plegaria nos revelan la perfecta organización de esta Iglesia. Sus pujos y su vitalidad.

ESTEBAN-CLEMENTE MIQUELA. *Pbro.*

## Fragmento de San Clemente Romano

La Iglesia de Dios que peregrina en Roma a la Iglesia de Dios que peregrina en Corinto, a los llamados a la Santificación por Jesucristo, la gracia de Dios y del Omnipotente Dios por Jesucristo que la multiplica.

49. — Los Apóstoles han sido hechos predicadores del Evangelio por Nuestro Señor Jesucristo. Todo esto se hizo ordenadamente, por voluntad de Dios. Así recibidos los mandatos y con plena seguridad por la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, confirmados con la palabra de Dios, con fe cierta por el Espíritu Santo, salieron a anunciar la venida del reino de Dios. Predicando la palabra de Dios por regiones y ciudades, probando las primicias de ésta con el Espíritu, constituyeron los obispos y diáconos para aquellos que tenían que creer.

Esto no era cosa nueva instituida. En algún lugar dice la Escritura: «Constituiré obispos entre ellos, en justicia y diáconos en la fe.»

57. — Vosotros que habéis echado los fundamentos de la sedición, sed obedientes a los presbíteros y recibid la corrección con la penitencia, doblgando las rodillas de vuestro corazón.

49. — El vínculo de la caridad ¿quién podrá narrarlo? ¿Quién podrá hablar de la magnificencia de su belleza? La altura a que nos conduce la caridad es inenarrable. La caridad nos aglutina en Dios.

La caridad cubre la multitud de los pecados; la caridad lo tolera todo, lo sufre todo; nada de vil en la caridad; nada de soberbia; la caridad paciente no tiene cisma; la caridad no nos impele a la sedición. La caridad lo hace todo en concordia. Los elegidos de Dios son perfectos por la caridad. Sin caridad nada agrada a Dios. En caridad nos llamó el Señor para sí. Por la caridad que Dios tuvo con nosotros, N. S. J., por voluntad divina, vertió su sangre y carne por nuestra y su alma por la nuestra.

Humildad. Seamos humildes hermanos en la mente. Todo fausto, soberbia y demencia e iras estén lejos de vosotros, llevando a la memoria la palabra del Señor Jesús que nos habló con longanimidad y justicia. Es cosa justa y piadosa, hermanos ser más obedientes a Dios que seguir en soberbia y perturbación a los capitanes y autores de la discordia que debe detestarse. No poco de-

trimento hasta gran peligro se seguirá si precipitadamente nos entregamos a las voluntades de los hombres que nos arrastran a la disputa y sedición para apartarnos de lo que es recto y bueno. 13.

11. — Cristo es de aquellos que sienten humildemente de sí y no de los que colocan ellos mismos encima del rebaño. El cetro de la majestad de Dios no viene con soberbia y arrogancia aunque pudiera, sino en humildad, según el Espíritu Santo habló de El. Ved, hombres, que modelo nos ha sido dado: si Dios se humilló así ¿qué debemos hacer nosotros que estamos bajo el yugo de su gracia?

30. — Sea nuestra alabanza para Dios y no para nosotros mismos. Dios detesta a los que se alaban a sí mismos. El testimonio de nuestras buenas obras sea presentado por otros como fué mostrado a nuestros padres que eran justos. La temeridad, la arrogancia, la audacia en los que Dios maldice. La moderación, humildad, mansedumbre, están en los que son bendecidos de Dios.

35. — Para ser participantes de los dones prometidos, trabajemos con todo esfuerzo para hallarnos en el número de los que le esperan. ¿Cómo acontecerá esto, hijos? Si nuestra mente está fija en Dios, en las cosas que le agradan. Si hiciésemos y siguiéremos el camino de la verdad, apartando de nosotros toda injusticia, iniquidad, avaricia, disputa, malicia, engaño, murmuraciones, calumnias, odio de Dios, soberbia, vanagloria e inhospitalidad. Los que hacen tales cosas son odiados de Dios y no sólo los que lo hacen, sino los que lo consienten.

37. — Esforzémonos en caminar, hacia los puros preceptos de Jesucristo. Consideremos a los soldados que merecen bajo nuestros capitanes, ordenadamente, obedientes y sumisos siguen los mandatos. No todos son prefectos ni quiliastas, ni centuriones ni quincuagenarios. Cada uno en su origen y estación hace lo que es mandado por el rey o capitanes. Los grandes sin los pequeños y los pequeños sin los grandes no pueden subsistir. Todos están mezclados y de ahí la utilidad. El cuerpo es un ejemplo para nosotros. La cabeza sin los pies es nada y los pies sin la cabeza igual. Los miembros más pequeños del cuerpo son necesarios para todo el cuerpo y útiles. Todos se someten y tienden a salvar todo el cuerpo.

# LA CONDENACION DE "LE SILLON"

El 25 de agosto de 1910, escribió S. S. Pio X a los Obispos franceses una carta Encíclica condenando el movimiento de democracia mal entendida que culminó en el llamado *Le Sillon* (El Surco). En la Sección «Plura ut unum» de este mismo número se estudia el desarrollo y significación de esta tendencia. Aquí, transcribiremos la Introducción y la Conclusión de la carta de Pio X, que nos dan un ejemplo admirable de la paternal solicitud, no exenta de la firmeza precisa, con que el Sumo Pontífice ataja una desviación que se producía entre los católicos franceses. Remitimos al lector que quiera conocer el texto íntegro de la carta, en la que se analiza y refuta las principales ideas y actividades preconizadas por los sillonistas a la traducción publicada en la obra *Direcciones Pontificias* por la Biblioteca «Fomento Social», de Madrid.

## INTRODUCCIÓN DE LA ENCÍCLICA

Venerables Hermanos: Salud y Bendición Apostólica.

Nuestro cargo apostólico nos impone la obligación de velar por la pureza de la fe e integridad de la disciplina católica y de preservar a los fieles de los peligros del error y del mal, mayormente cuando el error y el mal se presentan con un lenguaje atrayente que, velando la vaguedad de las ideas y el equivoco de las expresiones con el ardor del sentimiento y la sonoridad de las palabras, puede inflamar los corazones en el amor de causas seductoras, pero funestas. Tales fueron no ha mucho las doctrinas de los seudofilósofos del siglo XVIII, las de la revolución y del liberalismo, tantas veces condenadas; tales son aun hoy las teorías de *Le Sillon*, las cuales, no obstante apariencias brillantes y generosas, carecen con harta frecuencia de claridad, de lógica y de verdad, y, por esta parte, no son propias ciertamente del espíritu católico y francés.

Hemos titubeado mucho tiempo, Venerables Hermanos, en manifestar pública y solemnemente nuestro juicio acerca de *Le Sillon*, habiendo sido preciso, para que nos decidiéramos a hacerlo, que vuestras preocupaciones viniesen a juntarse con las nuestras. Porque Nos amamos a la valiente juventud alistada bajo las banderas de *Le Sillon*, y la creemos, por muchos conceptos, digna de elogio y admiración. Amamos a sus jefes, en quienes nos complacemos en reconocer espíritus elevados, superiores a las pasiones vulgares y animados del más noble entusiasmo por el bien. Vosotros los habéis visto, Venerables Hermanos, penetrados de un afecto vivísimo de fraternidad humana, ir al encuentro de los que trabajan y padecen para sacarlos de lacería, sustentando su sacrificio en el amor a Jesucristo y en la práctica ejemplar de la Religión.

Era al otro día de la memorable Encíclica de nuestro Predecesor, de feliz memoria, León XIII, sobre la condición de los obreros. La Iglesia, por boca de su cabeza suprema, había vertido sobre los humildes y pequeños todas las ternuras de su corazón maternal, y parecía que con vivas ansias convocaba campeones, cada día más numerosos, de la restauración del orden y de la justicia en nuestra sociedad perturbada. ¿No es verdad que los fundadores de *Le Sillon* venían en la ocasión propicia a poner muchedumbres jóvenes y creyentes al servicio de la Iglesia para ayudarla a realizar sus deseos y esperanzas? Y en hecho de verdad, *Le Sillon* enarboló entre las clases obreras el estandarte de Jesucristo, el signo de salvación para los individuos y las naciones, alimentando su actividad social en las fuentes de la gracia, imponiendo el respeto de la Religión a las gentes menos favorables, acostumbrando a los ignorantes y a los ímpios a oír hablar de Dios, y a menudo, en conferencias de controversia, ante un auditorio hostil, surgiendo, excitado por una pregunta o un sarcasmo, para confesar su fe denodada y arrogantemente. Estos eran los buenos tiempos de *Le Sillon*, éste su lado bueno, que explica los alientos y las aprobaciones que ni el Episcopado ni la Santa Sede le regatearon, mientras este fervor religioso pudo velar el carácter verdadero del movimiento sillonista.

## CONCLUSION

Y ahora, penetrados de la más viva tristeza, os preguntamos, Venerables Hermanos, en qué ha venido a parar el catolicismo de *Le Sillon*. ¡Ay! El que diera antes tan hermosas esperanzas, aquel río cristalino e impetuoso, ha sido atajado en su curso por los enemigos modernos de la Iglesia, y ya no constituye más que un miserable afluente del gran movimiento de apostasía organizado, de una Iglesia universal sin dogmas ni jerarquía, sin regla para el espíritu ni freno para las pasiones; una Iglesia que, so pretexto de libertad y dignidad humana, volvería a traer al mundo, si triunfase, con el reinado legal de la astucia y de la fuerza, la opresión de los débiles, de los que sufren y trabajan.

Harto conocemos los sombríos antros donde se elaboran estas doctrinas deletéreas que no deberían seducir a espíritus perspicaces. No han podido librarse de ellas los jefes de *Le Sillon*: la exaltación de sus afectos, la ciega bondad de su corazón, su misticismo filosófico mezclado con parte de iluminismo, los han arrastrado a un nuevo evangelio, en el cual han creído ver el verdadero Evangelio del Salvador, llevando a tal punto su osadía que tratan a Nuestro Señor Jesucristo con una familiaridad sobremanera irrespetuosa, y a consecuencia del parentesco de su ideal con el de la revolución, no temen presentar entre ésta y el Evangelio paridades blasfemas que no tienen siquiera la excusa de haberse escapado en alguna improvisación tumultuosa.

Queremos llamar vuestra atención, Venerables Hermanos, sobre esta deformación del Evangelio y del carácter sagrado de Nuestro Señor Jesucristo, Dios y hombre, practicada en *Le Sillon* y en otras partes. Al discurrir sobre la cuestión social, es moda en ciertas esferas descartar primero la divinidad de Jesucristo, y después no hablar más que de su extremada mansedumbre, de su compasión para todas las miserias humanas, de sus apremiantes exhortaciones al amor del prójimo y a la fraternidad. Verdad es que Jesucristo nos ama con amor inmenso, infinito, y que vino a la tierra a padecer y morir, para que reunidos en torno suyo, en la justicia y el amor, animados de los mismos sentimientos de mutua caridad, todos los hombres vivan en paz y felicidad. Mas con autoridad suprema puso por condición de esa felicidad temporal y eterna, ser de su rebaño, aceptar su doctrina, practicar la virtud y dejarse enseñar y guiar por Pedro y sus sucesores. Además, si Jesús fué bueno con los extraviados y pecadores, no respetó sus convicciones erróneas, por sinceras que parecieran; los amó a todos para instruirlos, convertirlos y salvarlos. Si llamó a Sí, para aliviarlos, a los que padecen trabajos y dolores, no fué para predicarles la emulación de una igualdad quimérica. Si levantó a los humildes, no fué para inspiarles el sentimiento de una dignidad independiente y rebelde a la obediencia. Si su corazón rebosaba mansedumbre para las almas de buena voluntad, no dejó de encenderse en santa indignación contra los profanadores de la casa de Dios, contra los miserables que escandalizan a los pequeñuelos, contra las autoridades que abruman al pueblo con el peso de cargas insoportables, sin que ellos pongan el dedo para ayudarlas a levantar. Fué tan enérgico como manso; regañó, amenazó, castigó, sabiendo y enseñándonos que con frecuencia el temor es el principio de la sabiduría y que conviene a veces cortar un miembro para salvar el cuerpo. En fin, lejos de anunciar para la sociedad futura el reinado de una felicidad ideal de donde estuviera el dolor desterrado, trazó con la palabra y el ejemplo el camino de la felicidad posible en la tierra y de la bienaventuranza perfecta en el cielo; el camino real de la Santa Cruz. Enseñanzas son éstas que sería error aplicar únicamente a la vida individual en orden a la salvación eterna, pues son también eminentemente sociales y nos muestran en Nuestro Señor Jesucristo algo más que humanitarismo sin consistencia y sin autoridad.

# Texto de la carta dirigida por S. S. el Papa Pío X al Ilmo. Sr. Obispo de Vich, Dr. Torras y Bages

*Ante el conflicto promovido por las legislaturas liberales que hicieron quedar a España sin embajador en la Santa Sede y con una constante amenaza para la vida religiosa del país, el Obispo de Vich Ilustrísimo Dr. Torras y Bages, publicó en 19 de marzo de 1911, una pastoral titulada "Dios y el César". Con este motivo, S. S. Pío X dirigió al Obispo de Vich, la siguiente carta laudatoria:*

Al Venerable Hermano:

José, Obispo de Vich

Pío PP. X

Venerable Hermano: Salud y Bendición Apostólica.

En medio de las amarguras, que cada día nos apenan más, por los males que afligen y por los que amenazan a la Iglesia Católica en la nación española, Nos ha servido de gran consuelo, ciertamente, la Carta pastoral que recientemente dirigiste al pueblo. Realmente, en ella te muestras Obispo, tal como lo describe el Apóstol, «adicto a las verdades de la fe según le han sido enseñadas, a fin de ser capaz de instruir en la sana doctrina y argüir a quienes la contradigan». Y, en verdad, que con sana doctrina y perfectamente acomodada a las circunstancias de la sociedad has instruido al pueblo que te fué confiado, exponiendo e ilustrando magníficamente los principios, conforme a los que deben componer sus mutuas relaciones ambas potestades, eclesiástica y civil; y, a los contradictores, no sólo les ha rebatido brillantemente, sino que, además, has puesto al descubierto los planes ocultos que conciertan y has desvanecido y pulverizado los sofismas del falso *liberalismo*.

Realmente, los perjuicios, que con dolor recuerdas, causados a la fe católica, provienen, como de su fuente principal, de que los gobernantes del bien público creen estar investidos de autoridad no circunscrita a límite alguno, ni siquiera en lo concerniente a la religión. Tu exposición convence, terminantemente, de cuán lejos está esto de la verdad, cuando, fundándose en aquella sentencia del Evangelio: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios», demuestra que, tanto por derecho natural como por derecho divino, los gobernantes tienen constituidos límites, y que no les es lícito resolver por su cuenta y sin el consentimiento y autoridad de la Cabeza suprema de la Iglesia ni tan sólo aquellos asuntos llamados de *materia mixta*. Porque, en ninguna ocasión es lícito prescindir de la autoridad del Romano Pontífice al tratarse de negocios de todo un pueblo pertenecientes a la Iglesia; y, menos aún, cuando tales asuntos se cuentan entre las *causas* llamadas comúnmente *mayores*, o cuando pactos solemnes obligan a mantenerlos firmes y válidos.

Y, en verdad, si desentendiéndose del Romano Pontífice, el Gobierno de vuestra nación presumiese de le-

gislar en materia religiosa (cosa a la que no se atreven ni los mismos príncipes no católicos), por este mismo hecho se separaría de su profesión de católico; y aun abdicaría de los mayores timbres de gloria que heredó de sus antepasados, y destruiría la organización misma del Estado; ya que, sin lugar a dudas, es la fe católica la que, por encima de todo, hace una sola nación de los pueblos de España.

Es, además, oportuno lo que atinadamente añades referente a la benevolencia y facilidad con que la Iglesia atiende a todo deseo justo y honesto. Pues, a pesar de que en materia de fe y costumbres sea inmutable, con todo, en lo demás, nunca rechaza acomodarse a las justas aspiraciones; y, contradicen la limpia verdad, las falsas opiniones con que los enemigos de la Iglesia querrian persuadir a los demás de que las negociaciones entabladas estos últimos tiempos entre la Santa Sede y el Gobierno español han sido interrumpidas por la voluntad intransigente del Papa; cuando, por el contrario, es muy cierto que los designios del Papa han sido siempre repletos de benignidad y prontos para la concordia.

Todo esto, Venerable Hermano, que, clara y copiosamente has enseñado, lo conceptuamos de tanta importancia en las actuales circunstancias que querríamos fuese profusamente divulgado en toda España. Pues tenemos confianza en que, una vez estén los ánimos de los católicos bien penetrados de los puntos de excelente doctrina expuestos en tu Carta, hallarán nuevas fuerzas para una saludable vigilancia y para fructuosas actividades. Y tales actividades, salvando siempre el respeto debido a las leyes justas, deben ser ahora más enérgicas, ya que los males que hace tiempo amenazaban han adquirido mayor gravedad, y pesan sobre los católicos. Para apartarlos, precisa que todos aquellos católicos de España que tienen por honra el serlo, permanezcan unidos formando un solo corazón y una sola alma y observen con toda fidelidad las enseñanzas de la Sede Apostólica, a la que han de estar adheridos de un modo firme y constante.

Sirva como prenda de las gracias divinas y testimonio de nuestra benevolencia, la Bendición Apostólica que te enviamos a ti, Venerable Hermano, y a tu Clero y pueblo, muy afectuosamente en el Señor.

Dado en San Pedro de Roma, el 1.º de mayo de 1911, octavo año de Nuestro Pontificado.

Pío PP. X

## LA VIDA

## Las fiestas jubilares en Montserrat

1844 = 1944

Montserrat en este año centenario conmemorativo del restablecimiento de la venerada Imagen de Santa María en su trono, después de haber estado escondida nueve años en una masía del Bruch, y del comienzo de la reconstrucción del Monasterio, después de haber sido éste, juntamente con el templo, completamente destruidos y, con tal motivo, dispersados los monjes, es el centro de toda la actividad espiritual catalana.

Los monjes benedictinos — que pueden contemplar, al cabo de cien años, gracias al sacrificio de los primeros escasos monjes que restablecieron el culto a la Santísima Virgen y a la piedad jamás desmentida de nuestro pueblo, bendecido por Dios, el milagro no solamente de la completa restauración del monasterio, sino también los magníficos inicios de un Montserrat futuro lleno de esplendor y de grandezas imperiales — han sentido la necesidad de consagrar este año centenario a una solemne y continuada acción de gracias al Altísimo, invitando a ella a todos los amantes y devotos de la Virgen María, en la bella Imagen de la «Moreneta».

S. S. el Papa Pío XII concedió un Jubileo extraordinario con motivo de estas magnas fiestas centenarias y en renovadas multitudes ha subido nuestro pueblo fiel a la Santa Montaña para ganar este Jubileo y para agradecer a la Virgen Madre sus favores e implorar su protección, aprovechando la ocasión de poder ganar Indulgencia Plenaria, visitando la Basílica de Montserrat y orando ante la imagen de Nuestra Señora por las intenciones del Papa, desde la solemnidad de Pascua hasta la fiesta de Todos los Santos, y la indulgencia «toties quoties» durante la octava de la Natividad de Nuestra Señora.

Esta octava, y de una manera especial el viernes día 8 de septiembre, fiesta de la Natividad de la Virgen, han constituido el momento culminante de estas magníficas e inolvidables fiestas centenarias. Las fiestas fueron iniciadas ya el día 7 con un solemne pontifical celebrado por S. I. el señor Obispo de Barcelona, Dr. D. Gregorio Modrego Casaus, asistido por los canónigos Dres. Serra Boada y Montserrat, cantándose al final del mismo, por la escolanía alternando con los monjes, un «Tedeum» en acción de gracias. Por la tarde llegó a Montserrat S. E. el ministro de Justicia, D. Eduardo Aunós, como delegado de S. E. el Jefe del Estado. Se hallaban ya en el Monasterio monseñor Cicognani, Nuncio de Su Santidad, que había llegado a primera hora de la tarde, siendo saludado con vibrante volteo de campanas y con entusiastas aclamaciones de la multitud de fieles que se hallaban ya congregados en la Santa Montaña, y los prelados: el obispo de Madrid, Rvdo. Dr. Eijó; el de Barcelona, Rvdo. Dr. Modrego; el de Lérida, Rvdo. Dr. Villar; el de Teruel, Rvdo. Dr. Villuendas; el de Vich, Rvdo. P. Perelló; el de Girona, Rvdo. Dr. Cartañá; el de Tortosa, Rvdo. Dr. Moll; el de Urgel, Rvdo. Dr. Iglesias; el de Tabuna, reverendo P. Costa; el abad de Singeberga (Portugal), reverendo P. Carvaho; el abad de Samos, Rvdo. P. Gómez, y los ilustres Priors de los Monasterios de Poblet, Valvanera y Lazcano.

A la llegada del Excmo. Sr. Ministro de Justicia, después de la Salve que cantó la escolanía y de la adoración a la Virgen, tuvo lugar en la Sala Capitular de la Abadía de Montserrat un acto de recepción pronunciando elocuentes y notables discursos el Rvdo. P. Abad D. Antonio M.<sup>o</sup> Marcet y el Excmo. Sr. Ministro de Justicia D. Eduardo Aunós. A las siete y media el Santo Rosario, Vísperas pontificales; canto del «Magnificat» y de la Salve Solemnísima, de T. L. de Victoria, con asistencia de todos los prelados y personalidades presentes en la montaña.

Antes de empezar las vísperas pontificales, el abad

mitrado, don Antonio María Marcet, pronunció en latín la siguiente alocución ante el Excmo. y Rvdo. señor Nuncio de S.S. en España:

«Excmo. y Rvdo. señor:

«Cúmplense hoy los cien años en que, a esta misma hora de vísperas, los muros de este santo templo, repleto de una ingente multitud de fieles, se estremecían a una explosión de aclamaciones al Señor «porque es bueno, porque su misericordia no tiene fin». Era el entusiasmo desbordante de todo un pueblo al ver de nuevo, después de nueve años de añoranza, la venerada imagen de Santa María de Montserrat, que, en presencia del señor Obispo de Barcelona, y por manos del anciano abad Blanch, era restituida a su trono del altar mayor de este templo. Inmediatamente, bajo su maternal tutela, renovábase, con la vida monástica, el interrumpido culto litúrgico mariano.

»En este momento se cumplen los cien años. Y, ahora, nuestros corazones, unidos a los de aquellos fieles por una misma corriente de vida cristiana y por unos mismos impulsos de amor filial hacia esta Virgen morena, sólo saben hacerse eco de aquellos sentimientos de gratitud, reasumiendo aquel himno de alabanza a la bondad y a la misericordia del Señor.

»Y puesto que V.E., por representar la persona de nuestro Padre común y de nuestro Sumo Pontífice, es quien debe dar unidad y valor eclesiástico a nuestros votos y a nuestras plegarias, suplicámosle fervientemente que quiera ejercer su acción pontifical sobre nosotros y sobre este pueblo, ofreciendo ahora el sacrificio eucarístico del altar, en acción de gracias por el monasterio y por el santuario de Santa María de Montserrat.

En este momento histórico y a la luz de tanta gracia, comprendemos perfectamente, Excmo. Sr., la responsabilidad que se deriva de la gloriosa misión de «irradiar vida cristiana» que nos ha sido confiada por S.S. el Papa. Ahora, pues, con todo el entusiasmo de nuestra vida, consagrada al conocimiento y al amor de Cristo y de su Iglesia, los monjes de esta Abadía, a la cual S. S. se ha dignado llamar tan benignamente «centro de piedad y de religión de suma importancia, os hacemos solemne promesa de permanecer siempre fieles en el cumplimiento de esta obra sacerdotal, difundiendo desde este Santuario el más genuino espíritu de cristianismo y de romanidad.

»Y como sello de esta promesa, renovamos, en la persona de V.E. el testimonio de nuestra adhesión más religiosa, devota y entusiasta, al Romano Pontífice.»

El día 8 amaneció claro y sereno. El cielo revistió el azul intenso y purísimo de las grandes solemnidades. Montserrat presentaba un aspecto brillantísimo.

A las seis de la mañana, dieron comienzo los actos religiosos, cantándose solemnes maitines y laudes pontificales. El Ministro de Justicia, señor Aunós, con su esposa y séquito, antes de asistir al oficio de Pontifical, oyó una misa, comulgando en ella, celebrada en el Camarín de la Virgen, en la que ofició el Rvdo. señor Obispo de Tortosa.

A las diez y media comenzaron a llegar, procedentes de Barcelona, todas nuestras primeras autoridades y jerarquías, que fueron amablemente recibidas por los reverendísimos abades Marcet y Escarré, una representación de la Comunidad benedictina y un inmenso gentío que las ovacionó. Después de descansar unos momentos en unos salones del Monasterio, las autoridades, prelados, comunidad e invitados se dirigieron en procesión al templo, del cual fué preciso abrir las puertas laterales porque no cabía en sus muros la ingente multitud de fie-

les allí congregados. Fué celebrado un solemne Pontifical en el que ofició el Nuncio de S.S. Monseñor Cicognani, asistiendo al mismo todos los preladados, las autoridades y la comunidad con sus abades. Ocupó el púlpito el Obispo de Barcelona, doctor Modrego, que, con palabra fácil y vibrante, pronunció un muy sentido y ferviente sermón. La capilla de música del monasterio, dirigida por el Rvdo. P. Dom David Pujol, interpretó magníficamente durante el oficio de Pontifical, los «Kyries» y «Gloria» de Giner; el grandioso «Credo» de la Misa del Papa Marcelo, de Palestrina, y los interesantes y bien sentidos «Sanctus» y «Agnus Dei» del Padre Angel Rodamilans, benedictino de Montserrat.

Durante el ofertorio fué interpretado el motete «Nigra sum», de Palestrina. Todos sabemos con qué amor y perfección son observados en Montserrat los más pequeños detalles de la liturgia en estas grandes solemnidades y hasta en las prácticas religiosas cotidianas. Huelga, pues, decir que en este día la realización litúrgica del divino oficio fué una verdadera maravilla de piedad que llenó de honda emoción el corazón de todos los asistentes. El Nuncio de S. S. dió a los fieles la bendición papal y, terminada la Misa, la comunidad rezó las horas matutinas, sexta y nona, mientras se hacían los preparativos para la procesión, que recorrió las plazas del monasterio. Como dato curioso cabe señalar que entre los que ayudaban a descender la venerada imagen de Santa María de Montserrat de su trono, se encontraba un biznieto de Pablo Jorba, del Bruch, quien tuvo escondida la imagen en su *masía*, hace cien años. La procesión fué organizada de la siguiente forma: Atributos de la Basílica; personalidades y representaciones; Caballeros del Santo Sepulcro; Cuerpo de la Nobleza; Clero y Ordenes religiosas; Comunidad benedictina de Montserrat, presidida por los abades Marcet, Escarré y Suñol, y, seguidamente, la bellísima y popular imagen de la *Moreneta* sobre andas, que eran llevadas por monjes y bajo palio, cuyas varas eran sostenidas, por especial concesión del Rvdo. P. Abad, por miembros del Real Cuerpo de la nobleza, antiguo Brazo militar del Principado de Cataluña; Caballeros del Santo Sepulcro; representantes de entidades montserratinas y artistas, poetas, músicos, escultores, pintores y arquitectos. Seguían después el Nuncio de S.S., obispos, autoridades y, finalmente, el Ministro de Justicia.

Cuando salió del templo la portentosa imagen de la *Moreneta*, la multitud que la esperaba prorrumpió en delirantes y fervientes ovaciones, alternando el canto del *Virolai* con las aclamaciones a la Patrona de Cataluña. El paso de la *Moreneta* por las plazas del monasterio fué algo inenarrable. Muchísimos fueron los devotos que no pudieron contener las lágrimas. Resultó verdaderamente impresionante este acto por su sencillez y por su grandeza. El demostró una vez más cuán arraigado está el Montserrat, con su «Rosa d'abril», en las entrañas y en el alma del pueblo catalán. Las campanas fueron echadas al vuelo, la banda militar interpretó el Himno nacional y la multitud repetía sin cesar el *Virolai*.

A las dos y media entraba de nuevo la Virgen en la Basílica y, seguidamente, fué depositada en su trono del Camaril y se cantó una Salve. La esposa del ministro de Justicia, acompañada de otras distinguidas damas, ofreció un riquísimo ramo de flores a la *Moreneta*, dejándolo a sus pies. La comunidad benedictina, con su proverbial hospitalidad y su señorial cordialidad, ofreció un almuerzo al Nuncio de S.S., Ministro, autoridades, jerarquías y personalidades invitadas, que habían asistido a los actos religiosos. Al final, una representación de la Capilla de música entonó los *Laudes Hinc-Mari*, adaptados a la alta significación de esta fiesta, y la escolanía interpretó maravi-

llosamente y con grande unción el incomparable poema coral *La mort de l'escolà*, del malogrado Maestro Antonio Nicolau y del genial poeta Mosén Cinto.

La esposa del ministro de Justicia subió por segunda vez al Camarín de la Virgen, ofreciendo un nuevo precioso ramo de flores a la *Moreneta* en nombre de la esposa del Caudillo.

A las siete y media, como de costumbre, celebróse un Rosario cantado y solemnes vísperas pontificales, estrenándose una muy inspirada y bellísima Salve, original del Rvdo. P. Dom Anselmo Ferrer, ex maestro de Capilla del monasterio y notabilísimo compositor. Al final fué cantado el popular *Virolai*. El templo se hallaba, como en todos los demás actos reseñados, completamente lleno de fieles.

Los invitados, que pudieron circular por los interiores de la abadía, tuvieron ocasión de poder admirar cuatro bellos retratos al óleo de los cuatro abades que han realizado la reconstrucción y restauración de Montserrat durante este siglo, los abades Blanc, Muntadas, Deás y Marcet.

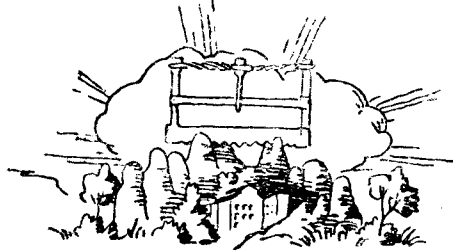
Los actos religiosos continuaron durante toda la semana con la misma magnificencia y con idéntico esplendor. El sábado, día 9, ofició de pontifical el Excmo. señor Obispo de Madrid-Alcalá, Dr. Eijó Garay, y pronunció una impresionante homilía el Dr. Urpi, canciller secretario del obispado de Barcelona. El domingo ofició de pontifical S. E. el Obispo de Teruel, Dr. Villuendas, pronunciando el sermón el Rvdo. P. Manuel Vergés, S. J., en representación de la Compañía de Jesús. Llegaron ya el sábado varias peregrinaciones de las provincias catalanas y la afluencia de fieles el domingo fué enorme. Hasta el día 15 fueron celebradas misas de pontifical, oficiando los ilustres preladados que se encontraban en el monasterio y predicando las homilias el P. Lorenzo de Pinell, capuchino; el P. Seguí, de las Escuelas Pías; el P. Vicente Montserrat, provincial de la Orden Dominicana y el P. Passana, del Sagrado Corazón de María, que fundó el P. Claret.

Todas las tardes fueron celebrados los cultos habituales, siendo variado cada día el canto del Santo Rosario y la Salve Regina, que cantaron excelentemente los escolanes bajo la dirección del Rvdo. P. Dom David Pujol, actual maestro de capilla del monasterio. Las vísperas fueron también solemnes cada día, asistiendo a ellas algunos preladados.

Estas magnas fiestas montserratinas han dejado un recuerdo imborrable a todos los fieles que han tenido la suerte de poderlas presenciar. Es ya tradición de Montserrat la celebración de grandes fiestas religiosas que — por la devoción que inspira la Santa Imagen de la Virgen María, por la atracción natural que tiene la montaña, tan bella y tan original, y por la espléndida y perfección de ritual litúrgico, con sus cantos incomparables, en la suntuosa Basílica —, en ningún otro lugar pueden celebrarse con la magnificencia y riqueza, con la cooperación devota y afectiva del pueblo y con la protección del cielo, tan visible en esta santa montaña. Justo es decir que en buena parte contribuyen los buenos monjes benedictinos a la feliz realización de tan excepcionales solemnidades religiosas, desde los Rvdmos. Padres Abades, pasando por todos los monjes, los novicios, los donados, los hermanos legos, que todos, unidos en un solo espíritu de obediencia, de caridad, de abnegación y de amor a Dios, incansables en su trabajo e incomparables en su celo y en su generosidad, saben recibir amorosamente a los huéspedes, sacrificarse por ellos, y poner a cada momento, sin rendirse jamás, todo su entusiasmo por la espléndida, fervor y belleza de culto a mayor honor y gloria de Dios Nuestro Señor y de la Virgen Santa María de Montserrat.

*Ad multos annos.*

JUAN LLONGUERAS



## COMENTARIO INTERNACIONAL

*La alocución de Su Santidad el Papa, con motivo del aniversario de la guerra*

El día 1.º de septiembre cumpliéndose el quinto aniversario del comienzo del conflicto bélico, cuya obra destructora ha alcanzado, en mayor o menor proporción, todos los confines de la tierra, y las últimas consecuencias del cual no pueden aún vislumbrarse en su verdadera extensión y magnitud.

Al cumplirse tan triste aniversario, S.S. el Papa, felizmente reinante, Pío XII, ha hecho llegar su voz a todo el orbe, para recordar de nuevo la verdadera naturaleza de los males que afligen al mundo, los peligros gravísimos que le amenazan en esta hora decisiva, y los medios que hay que emplear para evitar que pueda repetirse un desastre tan horroroso como el que ha ocasionado la guerra que sufre hoy la humanidad.

Vamos a reproducir los pasajes que creemos más interesantes de aquella alocución, recordando, al propio tiempo, algunos puntos fundamentales que, sobre las mismas cuestiones, ha señalado Su Santidad en diversos mensajes. Lejos de nuestro ánimo tratar de explicar las palabras del Padre Supremo; las enseñanzas que emanan de la Silla Apostólica son de una claridad tan perfecta que, por parte de lo que somos y queremos ser hijos sumisos de la Iglesia, no cabe otra actitud que el humilde, sincero y gozoso acatamiento a sus mandatos y consejos. Las brevísimas acotaciones que pretendemos realizar tienen un solo y exclusivo fin: recordar a cuantos lean esta sencilla recopilación, algunos principios doctrinales, enseñados por el Papa, que pueden relacionarse con varios extremos de la alocución presente.

*Camino de lágrimas y sangre*

Las primeras palabras de Su Santidad resumen la dolorosa impresión que causa en el mundo entero la contemplación del cuadro de miseria y muerte que por doquier se extiende:

«Al hacer hoy cinco años del estallido de la guerra, la humanidad, mientras vuelve los ojos para contemplar de nuevo el camino de lágrimas y sangre afanosamente recorrido en este hosco quinquenio de la Historia, se horroriza ante el abismo de miseria, en que el espíritu de violencia y el predominio de la fuerza la han precipitado. Y aun sin dejarse abatir por el recuerdo del pasado, busca ansiosamente las causas de tan funesta catástrofe espiritual y material, decidida a adoptar los remedios más eficaces para que tragedia tan descomunal no vuelva a repetirse.»

¿Cuáles son estas causas? El propio Pontífice las indicó ya en su Mensaje de Navidad de 1941: la rebelión de los hombres contra el Cristianismo verdadero, forjándose un cristianismo a su talante, una religión sin alma; la descristianización individual y colectiva, que ha abierto en las almas un inmenso vacío moral; y la materialización progresiva del mundo en todos sus aspectos: político, económico y social. El remedio a estos males, lo precisaba el Papa en estos principios: volver a los altares, volver a la fe y volver a las sabias e inquebrantables normas que impiden los abusos, tanto en el terreno nacional como en el internacional.

Pero la realidad tristísima del instante en que vivimos y el estado general de los hombres y de los pueblos, sin que ello signifique olvidar el verdadero y definitivo remedio que Su Santidad señalaba, obliga provisionalmente a buscar una solución que, partiendo de una visión exacta del momento, haga posible el logro de un nexo de colaboración entre todos los hombres de buena voluntad, para conseguir, lo más rápidamente posible, rehacer la marcha normal de los pueblos, extinguiendo

del seno de la sociedad los estigmas del caos y de la miseria que la guerra lleva consigo.

*Necesidad de una colaboración*

Este es el afán de la hora presente. Dice el Papa: «Muchos espíritus honestos despiertan como de un sueño angustioso, ansiosos de hallar también en otros campos, separados ahora entre sí y lejanos, colaboradores, compañeros de lucha para la grande obra de reconstrucción de un mundo con los cimientos socavados o resquebrajados en su trabazón más íntima.» Y afirma el Pontífice: «Nada, en verdad, más natural, ni más oportuno, ni, supuestas las indispensables cautelas, más obligatorio.»

Los cristianos, además, no podemos olvidar que esta obligación tiene un fundamento de mayor alcance: «Para todos aquellos que se glorían del nombre de cristianos y que profesan la fe en Jesucristo con una conducta siempre conforme a sus leyes, tal disposición y prontitud de ánimo para trabajar en común dentro del espíritu de la verdadera solidaridad fraterna, no obedece solamente a la obligación moral del cumplimiento exacto de los deberes civiles, sino que, además, se eleva a la dignidad de un postulado de la conciencia, sostenida y guiada por el amor de Dios y del prójimo, al que dan nuevo vigor las amonestadoras señales del momento actual y la intensidad del esfuerzo necesario para la salvación de los pueblos.»

Estas «amonestadoras señales» de que nos habla el Papa, han de servir de provechosa lección para el futuro.

Han sido olvidados, y a veces abiertamente vulnerados, los derechos y la dignidad de la persona humana, y las inalienables prerrogativas de la familia y de la sociedad toda; también la organización de varios Estados no responde a los principios básicos de un verdadero espíritu cristiano. Ya en su alocución de Navidad de 1942, como veremos más adelante, Su Santidad encarecía, a todos cuantos deseasen la verdadera paz, a oponerse a tan funestos errores y a modificar todo ordenamiento sentido exclusivamente sobre caducas y terrenas bases. Recordemos aquella tajante afirmación, en la cual el Soberano Pontífice resumía la significación del actual conflicto: «¿Qué otra cosa representa (esta guerra mundial) sino el desastre, inesperado tal vez para los incautos, pero intuido y deplorado por los que penetraban con su mirada hasta el fondo, de un orden social que, bajo el engañoso rostro o la máscara de fórmulas convencionales, escondía su fatal debilidad y su desenfrenado instinto de lucro y poderío?»

*Gravedad de la hora presente*

Momentos difíciles son los que estamos atravesando: «El cuadrante de la Historia marca en estos momentos una hora grave, decisiva, para toda la Humanidad. Un mundo antiguo yace en pedazos. El anhelo de los pueblos martirizados no es otro que ver surgir de estas ruinas, lo ante posible, un mundo nuevo más sano, mejor ordenado jurídicamente, más en armonía con las exigencias de la naturaleza humana.»

En su último citado mensaje, Su Santidad Pío XII resumía en las siguientes cinco máximas los principios indispensables para que «la estrella de la paz nazca y se detenga sobre la sociedad»: «volver a la persona humana la dignidad que Dios le concedió desde el princi-



pio»; rechazar «toda forma de materialismo, que no ve en el pueblo más que una grey de individuos que, divididos y sin interna consistencia, son considerados como materia de dominio y arbitrio»; dar «al trabajador el lugar que Dios le señaló desde el principio», teniendo presente que «todo trabajo posee una dignidad inalienable, y, al mismo tiempo, un estrecho lazo con el perfeccionamiento de la persona»; cooperar «a una profunda reintegración del ordenamiento jurídico... basado en el supremo dominio de Dios y al abrigo de todo un arbitrio humano»; y, por último, cooperar también a la cristianización del Estado, según hemos indicado anteriormente. Por lo tanto, la ordenación jurídica de que nos habla el Papa, así como las «exigencias de la naturaleza humana», requerirían fundamentalmente que el «mundo nuevo» se estructurase siguiendo aquellos principios que habrían de ser el comienzo de un nuevo y esplendoroso camino para la dolorida Humanidad.

Destaca el Papa la «hora grave» que atravesamos; y, precisamente por esta gravedad, y por las derivaciones que tendría una nefasta obra que se apoyara en bases opuestas al derecho divino y a la conciencia y a la razón humanas, el Pontífice se pregunta quiénes serán los arquitectos del nuevo edificio, y si tal vez sucederán a los errores pasados otros errores no menos dolorosos; y concluye: «Depende de la respuesta que se dé a esta pregunta, la suerte de la civilización cristiana en Europa y en el mundo.»

### *Fidelidad al patrimonio de la civilización cristiana*

Explica seguidamente Su Santidad el papel armónico y unificador que desempeña nuestra civilización entre las más variadas culturas nativas, lo que facilita la consecución de una base sólida de paz, de justicia social y de amor fraterno entre todos los hombres; pone también de manifiesto la extraña contradicción que representa el que, al propio tiempo que los fundamentos de la civilización cristiana van siendo sistemáticamente minados, logra esta civilización extenderse por el ámbito del mundo entero; y aunque por algunos se pretenda destruir u olvidar el sentimiento cristiano, éste vivifica todavía, en distinta proporción, a Europa y a todos los demás continentes.

A continuación, dirige el Pontífice una exhortación «a todos nuestros hijos e hijas del inmenso mundo, como también a quienes, sin pertenecer a la Iglesia, se sienten unidos con Nos en esta hora de decisiones, irrevocables tal vez, para que ponderen la extraordinaria gravedad del momento y consideren que, sobre todas las colaboraciones con otras tendencias ideológicas y fuerzas sociales divergentes, sugeridas algunas veces por motivos puramente contingentes, la fidelidad al patrimonio de la civilización cristiana, su valerosa defensa contra las corrientes ateas y anticristianas, es un punto fundamental que no se puede nunca sacrificar por ninguna ventaja transitoria, por ninguna mudable combinación.»

Esta llamada del Papa refleja uno de los puntos críticos a que podría conducir la terminación del conflicto bélico. Habla Su Santidad de «esta hora de decisiones irrevocables», subrayándola con una frase — «la extraordinaria gravedad del momento» — que nos hace presumir la amenaza terrible de algo que se precisa ya con rasgos indelebles. Esta amenaza nace de la colaboración que mantienen determinados sectores, con «tendencias ideológicas» cuya razón de ser es la sacrilega lucha contra Dios y cuya aspiración suprema sería la destrucción de la Santa Iglesia. Tal colaboración no puede paliarse por ningún motivo, pues son evidentes los peligros inmensos que lleva aparejada una protección, aunque sea indirecta, de las fuerzas enemigas de la verdadera civilización. Su Santidad espera que su invitación «encontrará eco favorable en millones de almas sobre la tierra».

### *Fundamentos de un nuevo orden económico y social*

El elemento substancial de un orden económico y social más en consonancia con la ley divina y eterna y más conforme a la dignidad humana, afirma el Papa, es la

elevación del proletariado, y esto no sólo como un progreso terreno, sino como el sentimiento de una obligación moral.

«La humanidad, después de amargos años de incertidumbre, de restricciones y, sobre todo, de angustiosa incertidumbre, espera al final de la guerra un mejoramiento profundo y definitivo de tan tristes condiciones.» Esta esperanza anida principalmente en el corazón de gran número de trabajadores, para los cuales la guerra ha representado un cambio absoluto en su medio de vivir y de desarrollarse.

«La guerra — decía el Pontífice en su mensaje de Navidad del pasado año — ha impuesto condiciones de trabajo y de vida en que desaparece toda característica personal, falta, y se hace imposible, una vida familiar ordenada y no se encuentra ya aquella satisfacción del alma, fruto único del trabajo, tal como Dios lo ha ennoblecido y querido.» Ante esta situación es lógico pensar con qué expectación han sido acogidos aquellos planes de una mejor ordenación económica, especialmente por el número incontable de aquellos que están privados de los más elementales medios para una existencia digna. El peligro es evidente. Así lo especifica el Papa: «Las promesas de los hombres de Estado, tras múltiples ideas y propuestas de los doctos y de los técnicos, han despertado en las víctimas de un malsano orden económico y social una ilusoria expectación de una palingenesis total del mundo, y una exaltada esperanza de un reino de milenaria felicidad universal. Tal sentimiento — afirma Su Santidad — ofrece terreno favorable para la propaganda de los programas más radicales; dispone los ánimos para una impaciencia, antirracional e injustificada, que no espera nada de reformas orgánicas y lo aguarda todo de subversiones y de violencias.»

La tranquilidad en que se desenvuelve la vida social, desde el punto de vista de la justicia, decía el Papa en su Mensaje de 1942, no es más que aparente hasta que se obtenga la plena realización de aquélla. La Iglesia ha condenado y condena los varios sistemas del socialismo marxista, pero no ignora que el obrero, en su esfuerzo por mejorar su condición, se encuentra detenido por un cierto mecanismo que pugna con el orden establecido por Dios.

### *La propiedad privada ha de subordinarse al bien común*

Hay necesidad de una reforma. ¿Cuáles han de ser las características de un nuevo orden? El Soberano Pontífice recuerda el principio formulado por el Papa León XIII, de que «para todo recto orden económico y social debe ponerse como fundamento inconcuso el derecho a la propiedad privada». Y, más adelante, afirma: «Un orden social que niega el principio o hace públicamente imposible o vano el derecho de propiedad, tanto en los bienes de consumo como en los medios de producción, no puede ser admitido como justo por la conciencia cristiana.»

Pero el error está igualmente en el extremo opuesto. Por ello, «allí donde, por ejemplo, el capitalismo se basa en principios de errónea concepción y se arroga sobre la propiedad un derecho ilimitado, sin subordinación ninguna al bien común, la Iglesia lo ha reprobado como contrario al derecho natural.»

Precisamente en esta alocución, el Papa se lamenta de la debilitación de la pequeña y media propiedad, y de que las fabulosas riquezas dominen el campo de la economía privada y pública, y, no pocas veces, hasta la actividad civil.

Por eso, la Iglesia, al defender el principio de la propiedad privada, no pretende sostener simplemente el presente estado de cosas y proteger al rico y plutócrata; al contrario, «desde su origen, ha sido la protectora del débil oprimido contra la tiranía de los poderosos, y ha patrocinado siempre las justas reivindicaciones de todos los grupos de trabajadores contra cualquier iniquidad». La Iglesia aspira a que la propiedad privada sea «un elemento de orden social», en beneficio de la libertad y dignidad del hombre, que exige «como fundamento natural para vivir — son palabras de Pío XII en su último Men-

saje de Navidad —, el derecho al uso de los bienes de la tierra, derecho que exige la obligación fundamental de otorgar una propiedad privada, a ser posible, a todos.»

Como consecuencia de ello, «cuando para este fin sea un obstáculo la distribución de la propiedad,... el Estado, por el interés común, puede intervenir para regular su uso», e incluso «decretar la expropiación dando una indemnización conveniente».

La dificultad que se apunta por algunos, es el progreso técnico, que está en oposición a este régimen. Pero el Papa, después de proclamar que «el progreso técnico no determina la vida económica como un hecho fatal y necesario», recuerda que muchas veces, aquél se ha inclinado en beneficio de cálculos egoístas, ávidos de acrecentar los capitales indefinidamente; «¿por qué, pues, no ha de ceder también ante la necesidad de mantener y asegurar la propiedad privada para todos, piedra angular del orden social?», y resume: «Tampoco el progreso técnico, como hecho social, debe prevalecer sobre el bien general. Antes, al contrario, debe estar a él ordenado y subordinado.»

Al final de esta guerra, la posición social cristiana tendrá una tarea que el Papa señala taxativamente: mostrar a los secuaces de otras doctrinas, cómo «los postulados de la verdadera equidad y de los principios cristianos, se pueden unir, en íntimo connubio, con el anhelo de salvación y bien para los que saben renunciar a los prejuicios y a las pasiones y prestar oídos a las enseñanzas de la verdad». El Pontífice confía en que todos los católicos «contribuirán, aunque les cueste notables renunciaciones, al avance hacia aquella justicia social de la que deben tener hambre y sed los verdaderos discípulos de Jesucristo».

Pasa después a ocuparse el Papa de la situación de Italia, invadida por la miseria, el hambre, el paro y el malestar económico, solicitando la cooperación de todos cuantos puedan aliviarla, y la mutua prestación de socorro de pueblo a pueblo, iniciada ya durante la guerra, y que demuestra «el despertar de un sentimiento de generosidad, no menos humanamente elevado que políticamente sabio».

### *Solidaridad entre todos los pueblos*

En la última parte de su alocución, Su Santidad subraya su ardiente deseo de ver brillar cuanto antes el día «en que, acallado el fragor de las armas, serán restituidas a tan gran parte de la Humanidad torturada, reducida casi al extremo límite de sus fuerzas físicas y morales, la paz, la seguridad y la propiedad.»

Sin embargo, el camino de la paz no será, tal vez, tan sencillo como piensa el común sentir de la gente. Muy fácilmente se confunde la cesación de las hostilidades con la misma paz, pero muchos ven que «el tránsito

de la violenta tempestad a la grande tranquilidad de la paz puede ser todavía penoso y amargo», pues quizá pueden esconderse «dificultades más graves de lo que se cree».

Ante esta posible amenaza, el Vicario de Jesucristo insiste nuevamente en la necesidad de que surja entre los pueblos un fuerte sentimiento de solidaridad «para que la curación del mundo sea más rápida y duradera».

Este sentimiento de solidaridad podría encontrar su mejor expresión en organizaciones de tipo internacional que «fuesen aptas para salvaguardar la paz en el futuro, de conformidad con los principios de la justicia y de la equidad — dice el Papa — contra toda posible amenaza». El deseo de que se establezca un organismo de esta naturaleza es objeto de particular atención por parte de los pueblos, por lo que Su Santidad expresa su complacencia, destacando, empero, la necesidad de que su realización «corresponda verdaderamente, en la más amplia medida, a la alteza del fin, que es el mantenimiento de la tranquilidad y de la seguridad en el mundo, en beneficio de todos».

En este organismo es indispensable que puedan intervenir todas las naciones para que su efectividad sea completa. El Pontífice insiste, principalmente, sobre este principio, cuando, después de pedir que la liberación de tantos infelices como gimen en el cautiverio, no se demore «más de lo estrictamente necesario», afirma que en una verdadera y perdurable organización del mundo, «todas las naciones amantes de la paz, grandes y pequeñas, poderosas y débiles, vencedoras y vencidas», habrán de tomar parte «lo mismo en los derechos y en los deberes que en los beneficios de una verdadera civilización».

### *El alma de la paz: la justicia*

Su Santidad Pío XII termina su alocución con las siguientes palabras:

«La espada puede, y, algunas veces, por desgracia, debe abrir el camino de la paz. La sombra de la espada puede también cesar en la travesía desde la cesación de las hostilidades hasta la construcción formal de la paz. La amenaza de la espada puede parecer inevitable dentro de los límites jurídicamente necesarios y moralmente justificados, aun después de la conclusión de la paz, para que vele la observancia de las justas obligaciones y para prevenir tentativas de nuevos conflictos. Pero el alma de una paz digna de este nombre, su espíritu vivificador, no puede ser sino uno sólo: la justicia, que, con medida imparcial, da a cada uno lo suyo y a todos exige aquello a que todos están obligados; justicia que no da todo a todos, pero a todos da amor y a ninguno hace agravio; justicia que es hija de la verdad y madre de libertad sana y de grandeza segura.»

JOSÉ-ORIOI CUFFÍ CANADELL.



FABRICACIÓN DE ALTAS FANTASÍAS  
EN LANERÍA PARA CABALLERO

**M. COROMINAS, S. A.**

Casa fundada en 1820

Sabadell

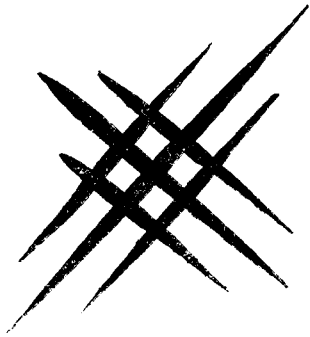
## *Cuevas de Artá-Mallorca*



Múltiples son las bellezas con que dotó Dios a esta privilegiada Isla, de todas sobresale una por su magnificencia:

*Las maravillosas Cuevas de Artá*

F E S A



*Tarrasa*